Henri Metzger

LAS RUTAS DE SAN PABLO EN EL ORIENTE GRIEGO



HENRI METZGER

LAS RUTAS DE SAN PABLO EN EL ORIENTE GRIEGO

Traducccíón Revisada por
SEBASTIAN BARTINA S. J.

EDICIONES GARRIGA, S. A.
BARCELONA

NIHIL OBSTAT:
Dr. Pablo Termes Ros, Canónigo
Censor
IMPRÍMASE:
† Gregorio, Arzobispo-Obispo de Barcelona
31 de enero de 1962

El título de la edición original francesa, es el de
LES ROUTES DE SAINT PAUL DANS L'ORIENT GREC
habiendo sido publicada por DELACHAUX & NIESTLÉ, S. A.
de Neuchâtel (Suiza) y París

Depósito Legal B. 13165 - 1962
Número de Registro 6497 - 60

G.I.S.A. - Mallorca, 518- BARCELONA

Preámbulo

Viajando por Anatolia occidental y meridional en la primavera de 1946, tuve ocasión de hacer por mar el trayecto de Esmirna a Adalia. El vapor «Erzurum» en el cual había tomado pasaje, penetraba en cada golfo, hacía escala en cada puerto, y esta navegación de cuatro días me brindaba las mayores facilidades para tomar un primer contacto con esa tierra asiática y sus prolongaciones egeas. Adivinaba la presencia, a mi izquierda, de Efeso, Mileto, Dídimo, Cnido; a mi derecha, las islas con nombres célebres; Samos, Cos y Rodas. A medida que nuestro navío las iba repasando volví a leer en los Hechos *el relato de las etapas que habían señalado el viaje de san Pablo, desde las costas de Tróade haste Cesárea de Palestina, hacia finales de su última misión, y el texto sagrado tomó ante mis ojos un nuevo aspecto. En Adalia dejé el «Erzurum», y el mismo día mis colegas de la Universidad de Estambul me acompañaron a Perge donde todavía encontré rastros del apóstol. Poco después subimos a Pisidia y descubrimos Antioquía. Más tarde fueron ya las etapas griegas de la misión paulina, y últimamente Pátara, Mira e Iconio. El proyecto de escribir este librito nació de estos viajes.*

Las circunstancias que han presidido su gestación son las que establecen los límites de la obra. No he tenido la intención ni tampoco la posibilidad de rehacer una crítica metódica del texto de los Hechos*; por lo tanto solo se hallará aquí un comentario, muy breve, sobre el relato de las tres misiones de san*

Pablo en Asia Menor y en Grecia, y del viaje de san Pablo, ya cautivo, de Jerusalén a Roma; mi trabajo no se ocupa ni de sus estancias en Siria y Palestina, ni de la obra que realizó en Roma y en el Occidente romano. Mi única ambición es la de presentar el horizonte misional del apóstol, dar a conocer los paisajes que ha recorrido, los pueblos a los cuales se ha dirigido, y con ello permitir al lector actual que pueda seguir sus pasos por el Oriente griego.

Capítulo Primero

El Oriente griego en la época de san Pablo

Aun cuando los cuadros políticos fuesen romanos, y abarcase numerosas poblaciones muy poco helenizadas que habían conservado sus caracteres y cultos locales, el mundo de la predicación paulina se nos presenta ante todo como un mundo griego. La administración provincial, los usos cívicos e incluso las costumbres, todos ellos conservan una forma griega. Aun cuando en ciertas regiones de Asia Menor y de Siria, los idiomas locales permanecen vivos, es el griego el que constituye la lengua común y no el latín. Pablo, ciudadano romano, nativo de Tarso de Cilicia, se expresa en griego (lám. I). Asimismo los dioses del panteón helénico tienden, con resultados diversos a suplantar las antiguas divinidades locales o identificarse con ellas, de tal manera que una nueva religión común se extiende por todos los centros urbanos del Mediterráneo oriental.

Fueron las conquistas de Alejandro y la administración de los diádocos y los epígones[1] quienes prepararon camino a la unidad romana. Mientras los Antigonidas reinaban en Macedonia y Grecia, los Seleucidas se aseguraban el control de Asia Menor, Siria y las satra-

[1] Se designa con este nombre a aquellos generales que recogieron la herencia del conquistador macedonio y fundaron dinastías duraderas.

pías orientales del imperio persa, y los Lágidas hacían lo mismo en Egipto. A pesar de ser muy precario, este equilibrio se mantuvo durante la mayor parte del siglo III aun cuando el inmenso imperio de los Seleucidas empezó a disgregarse pronto, perdiendo una mayor parte de sus provincias orientales e incluso ciertas regiones de Anatolia. Por otra parte, la intervención romana —buscada o no buscada por el Senado— iba a minar poco a poco la dominación macedónica en Grecia y expulsar a los Seleucidas de Asia Menor. A mediados del siglo segundo, Grecia, Macedonia y Anatolia oriental se habían convertido en provincias romanas. En el siglo primero le tocó el turno a Bitinia, Cilicia y Siria. Con el advenimiento de Augusto, el centro de Asia Menor fue incorporado al imperio y recibió el nombre de provincia de Galacia;[1] bajo el reinado de Claudio, Licia y Panfilia corrieron la misma suerte. Mientras tanto, el Egipto de los Lágidas también había dejado de constituir un estado independiente.

En la época de los viajes de san Pablo, la conquista del oriente griego por parte de Roma está prácticamente terminada, y la predicación del apóstol podrá beneficiarse de las considerables ventajas de la paz romana, y de una manera especial en lo que se refiere a los caminos; y aun cuando tampoco hay que exagerar los méritos de la administración romana —en Asia Menor, ciertos caminos se remontan a la dominación persa (VI-IV A. C.) y otros al reinado de los Seleucidas— la labor de Roma en los países griegos o anatolios devastados por siglos de guerra fue extraordinariamente beneficiosa. El buen estado de la mayor parte de las carreteras existentes, su seguridad casi completa, favorecían

[1] Que no es lo mismo que la Galacia propiamente dicha o «País gálata» (véase más adelante, pág. 19)

los viajes: «En realidad se viajaba mucho. Diputados y solicitantes se trasladaban a Roma para presentarse al rey emperador o al Senado, en las capitales de provincias para acudir ante el gobernador o las asambleas provinciales; procuradores y funcionarios que regresaban a sus puestos, peregrinos que visitaban los lugares santos de Asia Menor y de Egipto, enfermos y devotos de Asclepio; médicos, oradores, sofistas y artistas dionisiacos que iban vendiendo de ciudad en ciudad su saber o su arte; estudiantes buscadores de la ciencia de Atenas, Pérgamo, Rodas, Tarso, Antioquía de Siria y Alejandría; atletas deseosos de conquistar coronas en los grandes juegos, predicadores cínicos y estoicos, monjes mendigos de Cibeles, profetas, adivinos y charlatanes, simples turistas, sin olvidar a los judíos quienes casi en todas partes encontraban comunidades de su sangre; todas estas gentes recorrían los caminos del Imperio en todos sentidos».[1]

El tráfico marítimo no era menos intenso, desde que el aniquilamiento de la piratería había devuelto la seguridad a las vías del mar. De una a otra orilla del Mediterráneo, de Egipto al Asia Menor, de Siria a Italia, especialmente durante la temporada favorable, era un incesante ir y venir de buques que facilitaban un constante intercambio de poblaciones. Los mercaderes extranjeros pululaban por los puertos de Alejandría, Efeso, Corinto, Tesalónica o Rodas, que a menudo han sido comparados a los de las grandes ciudades levantinas del mundo moderno: Beirut, Alejandría o Esmirna, y entre estos traficantes, los judíos de la *diáspora* ocupaban un lugar aparte.

La larga serie de catástrofes que habían ido descargando sobre Palestina, habían empujado a muchos judíos a

[1] FESTUGIÈRE, *Le monde greco-romain au temps de Notre Seigneur,* I, pág. 20.

expatriarse desde tiempo atrás. A principios de la era cristiana los encontramos en cantidades impresionantes por toda la extensión del mundo greco-romano. Todos estos judíos continuaban considerando a Jerusalén como su capital espiritual, y pagaban el impuesto debido al Templo. La administración romana les garantizaba el derecho de recaudar y transportar este dinero. Desde el punto de vista jurídico, estos judíos de la diáspora eran «extranjeros», y bajo esta condición gozaban de la protección de la ley, formaban corporaciones religiosas alrededor de su sinagoga y poseían sus tribunales especiales. Buen número de ellos habían obtenido el derecho de ciudadanía, especialmente en el reino sirio de los Seleucidas. Otros recibieron más tarde el título de ciudadano romano.

Es muy probable que la dispersión de estas colonias judías, juntamente con la unidad administrativa del Imperio hayan favorecido notablemente la obra de san Pablo. No obstante, quizás se ha tenido excesiva propensión a sobrestimar la importancia de la *diáspora*. A pesar de que nunca se haya negado a llegar hasta ellas, la predicación paulina tampoco se limitó ni mucho menos a las comunidades judías. Se esforzó en alcanzar por un igual el vecindario de los grandes centros urbanos, el de las altas mesetas de Anatolia o el de la campiña de Macedonia, y esta triple enumeración es instructiva de por sí. Ni las grandes ciudades comerciales tales como Antioquía, Efeso o Corinto, ni con mayor motivo las campiñas de Asia Menor o de Macedonia poseen una población judía en el sentido estricto de la palabra; tampoco tienen una población helénica propiamente dicha, y por lo tanto son los elementos indígenas o cosmopolitas los que dominan. En un mundo que los sucesores de Alejandro habían unificado ante Roma, san

Pablo parece haber mostrado cierta desconfianza hacia lo que era puramente griego. Quizás sintió de una manera confusa que la noción de ciudadano —derivada de la polis helénica— constituía uno de los obstáculos más serios para la propagación de una religión que pretendía ignorar los encasillados de la ciudad. El ciudadano griego, sujeto a los cultos de su ciudad por lazos ancestrales, no podía ser mucho más permeable a una religión universal que el judío de la antigua alianza. La predicación paulina podía encontrar un terreno mucho más favorable entre los extranjeros, los campesinos o aquellos que estaban fuera de la ley.

Capítulo II

La primera misión de san Pablo

Había en Antioquía, en la Iglesia allí establecida, profetas y doctores. Y estando ellos celebrando el oficio en honor del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: «Separádme a Bernabé y a Saulo, para la obra para la cual los he llamado». *Entonces, después de haber ayunado y orado, y habiéndoles impuesto las manos, los despidieron. Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia, y desde allí se hicieron a la vela hasta Chipre.*

Con estos términos, en los Hechos de los Apóstoles (13, 1-4), se comenta la salida para la primera misión. Se recuerda que san Pablo, después de su conversión y su visita a la Iglesia de Jerusalén, se había retirado a Tarso, su país de origen. Ignoramos todo lo que se refiere a este retiro, aunque no debió ser inactivo puesto que Bernabé fue a buscarlo tres años más tarde para conducirlo a Antioquía (lam. II a.). Mientras tanto la predicación cristiana había alcanzado la antigua capital de los Seleucidas, que por todo Oriente gozaba de la reputación de ser una gran ciudad suntuosa, donde florecían los teatros y los juegos. Fue en Antioquía donde los discípulos recibieron el nombre de cristianos y donde nació la idea de una predicación en tierra pagana, y fue en este ambiente donde se formó durante un año el que debía convertirse en el apóstol de los Gentiles.

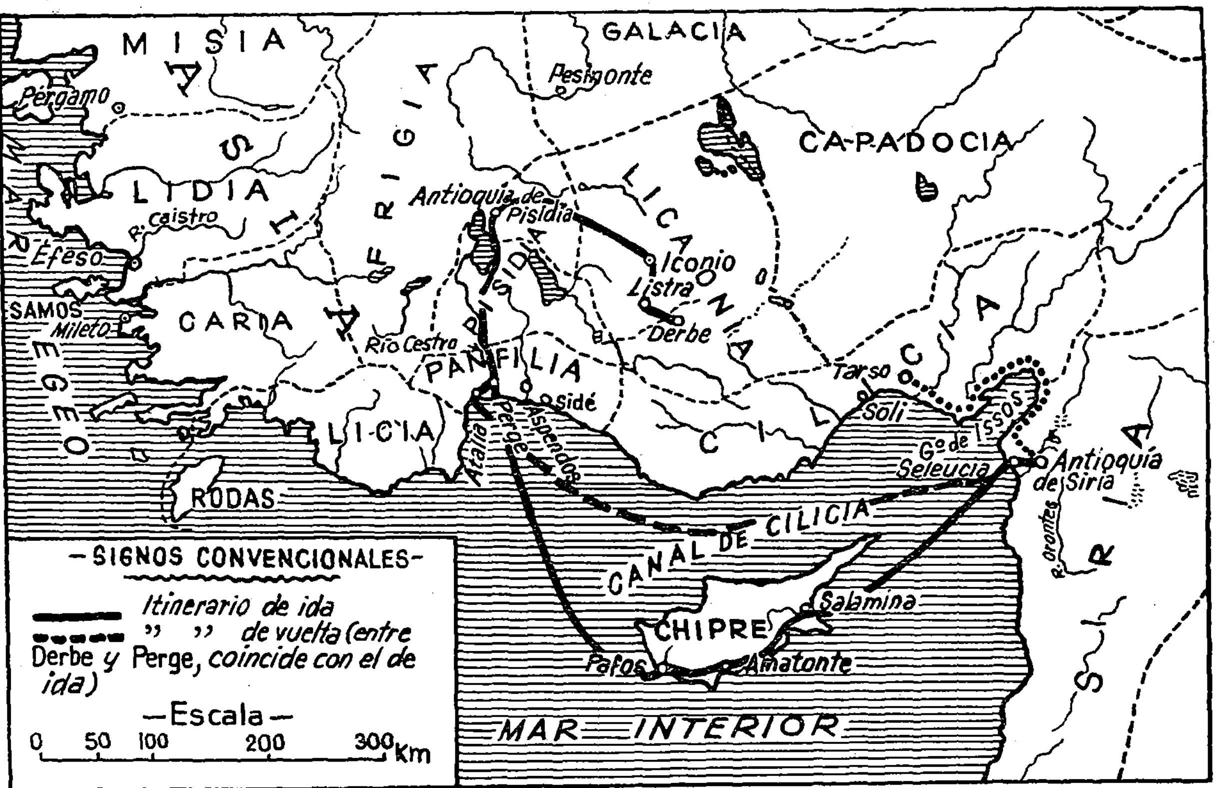


Fig. 1. Mapa de la primera misión.

En el momento decisivo en que los dos misioneros, acompañados en el principio de su viaje por Juan-Marcos, se marchan de Antioquía y se embarcan en Seleucia, la nueva religión apenas ha alcanzado Siria y quizás también Chipre. Por lo tanto esta partida señala el verdadero principio de la predicación cristiana y de la carrera misional de san Pablo. En Chipre donde desembarcan, ni Pablo ni sus compañeros se sienten en país extranjero. El marco majestuoso de las montañas, la luz cálida y dorada, incluso la vegetación, recuerdan a los viajeros las vecinas Siria y Cilicia. Mejor aún les acogen algunos antiguos establecimientos fenicios de la costa meridional de la isla: Salamina, Amatonte, y Pafos (lám. II b), desde donde antiguamente se había propagado a través del mundo griego e incluso hasta Sicilia, el culto de Afrodita, la diosa de la vegetación renaciente. Situada en el cruce de las vías marítimas que conducen a Siria, Asia Menor y Grecia, Chipre aparecía como la primera etapa especialmente designada para una campaña misionera. Pero en realidad no se trataba más que de una etapa, y san Pablo apuntaba más lejos: En Pafos se embarcará de nuevo, y esta vez en dirección a Anatolia. Este país de una cultura muy antigua, no formaba en aquella época unidad geográfica, además ya que cada provincia conservaba sus caracteres y su fisonomía propias. Asia Menor cuna de las civilizaciones frigia e hitita, atrajo desde un principio a los colonos griegos. Ricas poblaciones mercantiles se habían formado en todas las costas del Egeo; en una época en que Atenas y Esparta no eran más que pequeñas capitales de provincia, Efeso, Mileto, Clazomene y Focea eran ya los centros de una brillante cultura, cuya influencia debía hacerse sentir desde Etruria a Egipto y en el Quersoneso Táurico. Asia Menor había sufrido luego la ocupación

persa, que quizás por ser de tipo completamente militar no parece haber dejado rastros duraderos. La conquista de Alejandro la devolvía al helenismo para muchos siglos, a pesar de lo cual la influencia griega no había sobrepasado nunca las zonas costeras. Los romanos recién llegados, se habían limitado a poner el pie en la parte occidental de la península, que habían convertido en su Provincia de Asia; a principios de nuestra era empezaron a desparramarse por todo el país, ocupando en primer lugar las costas y los puertos, e instalando colonias militares en los puntos estratégicos de la zona del interior. En los momentos en que Pablo desembarcó en Panfilia, esta expansión no se había terminado todavía, y será necesario esperar el segundo siglo, el de los Antoninos, para que toda Anatolía disfrute de los beneficios de la paz romana.

El helenismo se había extendido fácilmente entre la población de las ciudades de la costa occidental y meridional, y había convertido estas regiones en centros de civilización más fecundos en los momentos a que nos referimos, que las de Atenas o Alejandría —los nombres de Apolino de Perge, Dionisio de Halicarnaso, Epicteto y Estrabón, lo confirman—, mas distaba mucho de haber penetrado en el interior del país y haber cambiado las características del mismo. Es cierto que en la provincia de Asia el idioma lidio había cedido su lugar al griego, pero los dialectos locales subsistían en la mayoría de las regiones, hasta tal punto que en cierta ocasión el emperador Claudio quiso retirar el derecho de ciudadanía romana a un notable licio a quién reprochaba no saber el latín. Las dificultades de las comunicaciones terrestres, el rigor del clima durante la temporada mala, mantenían entre la población de los diversos cantones una separación muy marcada, separación que se

acentuaba todavía más a causa de la notable variedad de cultos. Unicamente las ciudades importantes acogieron los grandes dioses del paganismo helénico: Dionisios, Asclepio, Afrodita, Tyché, etc., rivalizando con adulación servil en los homenajes que tributaban al emperador a su esposa o a la diosa Roma; en cambio la adoración de los campesinos continúa dirigiéndose a las divinidades locales, para las cuales se limitan a tratar de buscar un equivalente helénico. La triada que los motañeses adoran, y cuya imagen esculpen encima de las fuentes y en la vecindad de los lagos, se convertirá en el grupo de Helena entre los Dioscuros; una diosa cazadora, acompañada de un jabalí, será Artemisa; un jinete con una maza de guerra, Heracles y los músicos se identificarán con las musas, pero nadie se llamará a engaño en cuanto al valor de estas asimilaciones.

Ocurría también que algunos de estos cultos desbordasen el marco estrecho de su provincia de origen, y, difundidos por algunos prosélitos exaltados, alcanzasen un gran desarrollo. Así ocurrió con el culto a la Gran Madre Frigia, que partiendo de las regiones solitarias de Pesinonte, llegó hasta las orillas del mar Egeo, e incluso en la misma Roma tuvo apasionados adeptos. Asia Menor, patria de esas religiones exaltadas, de ritos extraños y bárbaros, será también la patria de los teurgos, de los filósofos y de los charlatanes. Las supercherías groseras de Alejandro de Abonótico, que hacía aparecer la serpiente de Asclepio ante una muchedumbre entusiasta, encantaron a los ribereños del Ponto Euxino; cierto Artemidoro de Efeso o de Daldis, dedicó toda una obra para dar a conocer «la llave de los sueños»; Elio Arístides, enfermo y devoto de Asclepio, narra, con fervor en innumerables tratados, los cuidados sorprendentes que le dedicaron los sacerdotes médicos de Pérgamo.



Lám. I. San Pablo Misionero
(mosaico de Rávena). *Pág. 7*

LÁM. II. *a)* El Orontes a su paso por Antioquía. *Pág. 12*

b) Pafos (en la isla de Chipre). *Pág. 14*

Este era el ambiente raro y complejo que san Pablo debía encontrar en el transcurso de sus andanzas por tierras de Anatolia. Panfilia, donde desembarcó, desde el punto de vista del terreno, de la cultura y de la civilización presentaba muchas afinidades con su país de nacimiento. Se trata de una vasta llanura, limitada por el Tauro de Pisidia en su parte norte, por el macizo licio en el oeste y el macizo cilicio en el este. Bien abrigada de los vientos del norte, regada por las aguas del Cestro, el Eurimedonte y el Melas, bien aprovisionado con agua abundante gracias a los numerosos acueductos que había construido la administración romana, Panfilia contaba en el primer siglo de nuestra era con cinco grandes ciudades: dos de ellas en la costa: Atalia y Side, y tres en el interior: Perge, Silion y Aspendo. De estas ciudades florecientes, únicamente Atalia (lám. IV a) ha sobrevivido en la moderna Adalia o Antalya uno de los lugares más atractivos de Anatolia. En los demás sitios no existen más que ruinas inmensas, a menudo cubiertas por la vegetación. De trecho en trecho y a lo lejos, la tienda de algún pastor yürük, hecha de pelos de cabra negros, les acompaña en su soledad; alguna caravana de camellos sigue a veces alguno de los antiguos caminos. No recuerdo nada más impresionante que el contraste entre la amplitud de las ruinas, que ningún marmolista moderno ha sometido a pillaje todavía, y el silencio de la campiña que las rodea. A tres leguas de la costa tenemos a Perge, la antigua capital religiosa de Panfilia, centro de un culto a Artemis, que se lo disputaba con Efeso. A pesar de que el templo de la diosa protectora no ha podido ser hallado, en cambio podemos recorrer todavía la gran avenida de la ciudad, con un ancho de treinta metros, antiguamente bordeada con galerías cubiertas, similares a las arcadas de las ciuda-

des italianas. El teatro y el estadio se hallaban fuera de los muros, al pie de una pequeña altura; desde su graderío superior se domina con la vista todo el conjunto de la ciudad, al mismo tiempo que se descubre hacia el norte la pantalla gigantesca del Tauro.

Después de franquear el Cestro, que los turcos llaman Aksu (agua blanca), el viajero puede contemplar enseguida a su izquierda la acrópolis de Silión que fue plaza militar, y luego las ruinas de Aspendo. No dejará de echar un vistazo sobre el acueducto que se eleva por encima de las casuchas de Belkiz, con sus bóvedas y pilares que en primavera se ven coronadas por las «cigüeñas del Islam»; también irá a sentarse en las gradas del magnífico teatro romano, quizás el más impresionante del mundo antiguo, y contemplará la desembocadura del Eurimedón donde antiguamente una flota ateniense destruyó la del gran rey. Y por fin llegará a Side, antigua fundación eolia, convertida en un puerto destinado a alcanzar gran renombre en los primeros siglos del Imperio.

La narración de los Hechos no nos facilita indicación alguna sobre el lugar donde desembarcó san Pablo y sus compañeros, y todas las hipótesis que se han hecho en este sentido nos parecen completamente gratuitas. Tampoco sabemos nada a propósito de su primera estancia en Perge, y sólo nos enteramos que los misioneros se dirigieron directamente hacia las altas mesetas, sin detenerse en Panfilia. Se han sugerido diversas explicaciones para justificar esta prisa y el poco interés demostrado por el apóstol en evangelizar las grandes ciudades de la llanura panfílica. En su obra sobre san Pablo, viajero y ciudadano romano [1], Ramsay comenta la enfermedad del apóstol a que se refiere

[1] *St. Paul, the Traveller and the Roman Citizen*, pág. 94 y siguiente.

un pasaje de la *Epístola a los Gálatas* :«*Ya sabeis,* escribe Pablo (4,13), *que a causa de la debilidad de la carne os anuncié el Evangelio la primera vez*». Esta «debilidad de la carne» que llevó a Pablo a evangelizar la extensa provincia de Galacia — suponiendo que con esta designación se refiriese al conjunto de la provincia de Galacia tal como hacía la administración imperial, y no el país Gálata, vecino de Frigia, donde llegará en el curso de su segunda misión [1]— es posible que fuese una especie de malaria, contra la cual los orígenes cilicianos del apóstol no debieron de inmunizarle, sino todo lo contrario. Mirado desde este punto de vista se comprendería facilmente que Pablo, fatigado por su estancia en Chipre no haya podido resistir el clima deprimente de la llanura panfílica, y tomase la decisión de alcanzar lo mas rápidamente posible la alta meseta.

Otros exegetas han recordado que los itinerarios del apóstol le eran dictados por la preocupación de recorrer las colonias judías, y que Antioquía de Pisidia poseía una sinagoga. No tenemos inconveniente en aceptarlo así, pero no por ello dejará de sorprendernos la poca prisa demostrada por Pablo en evangelizar una provincia donde figuraban grandes centros urbanos sumamente helenizados. En otras circunstancias análogas, el apóstol manifestará la misma reserva en lo referente a la provincia de Asia. Todo parece indicar que cuando menos al principio de sus campañas misioneras, no ha tratado de alcanzar las poblaciones griegas o helenizadas de las costas de Anatolia, y que su predicación se ha dirigido de una manera especial a las ciudades pequeñas e incluso a las poblaciones del interior, y quizás incluso sus orígenes cilicianos le predisponían a ponerse en contacto con las gentes puramente anatólicas.

[1] Ver más adelante, pág. 26.

De Perge a Antioquía de Pisidra, el camino es largo, penoso e incluso a veces peligroso. Probablemente la policía imperial todavía no había podido eliminar por completo las incursiones de los bandidos isaurios. Nuestros viajeros ascienden por el curso del Cestro, y después de franquear la barrera del Tauros, llegan al lago de Egridir. Hasta una fecha reciente, una pequeña capilla ortodoxa dedicada a Haghio Paulo, recordaba a los fieles el paso del apóstol. Separándose del Tauro, de sus valles profundos y sus lagos, que con frecuencia recuerdan los Alpes, Pablo y Bernabé se adentraron por la alta meseta, casi desértica, que conduce a la antigua Antioquía, actualmente la moderna Yalvaç[1]. A decir verdad nada había en esta pequeña ciudad perdida en la estepa pisidia (lám. III), que Augusto acababa de convertir en una colonia romana de derecho itálico, que la señalase especialmente para recibir la predicación del apóstol, como no fuese la existencia de una importante colonia judía. No obstante, también era un mercado y un punto de enlace y se sabe el gran partido que Pablo sacó de esta situación, cuando ante la oposición irreductible de los judíos se dirigió directamente a los Gentiles (*Hechos* 13, 46). Las conversiones fueron numerosas entre verdaderos paganos a quienes su mismo aislamiento hacía más accesibles a la nueva doctrina, y esta vez las enseñanzas de Pablo se dirigieron no sólo a las gentes de la ciudad, sino a toda la población de la comarca, rural en su mayoría. La insistencia de los judíos parece que logró obtener de los magistrados de la ciudad la orden de expulsión de los misioneros. Pablo y Bernabé se refugiaron en Licaonia, país muy parecido en todos sus aspectos al que acababan de recorrer. Las mismas me-

[1] No confundirla con Antioquía sobre el Orontes, ciudad de Siria.

setas desérticas, torridas en verano y cubiertas de nieve en invierno, y la misma población compuesta en su mayor parte por nómadas muy poco helenizados. Todavía se habla allí —el texto de los *Hechos* nos lo indica— un dialecto licaónico. Resulta notable la persistencia de los antiguos cultos indígenas: sus dedicatorias, algunas de las cuales proceden del tercer o cuarto siglo de nuestra era, nos descubren un dios «Salvador» unos dioses «inmortales» y todas las variantes del culto a la «Madre de los dioses». Los apóstoles llegan a Iconio, la futura Konia de los sultanes seldjúcidas. Al igual que en Antioquía encuentran allí una importante colonia judía, sin duda procedente de Cilicia, pero no tardan en dirigirse a los Gentiles entre los cuales su predicación encuentra un terreno favorable, fundándose una Iglesia cuya fama sobrepasará los límites de la provincia. El hermoso romance de amor místico constituido por las «*Acta Pauli et Theclae*», compuesto en Asia bajo el reinado de Marco-Aurelio, sitúa en Iconio el lugar de encuentro de san Pablo y aquella que se convertirá en la mas fiel de sus discípulas.

Un motín provocado por los judíos, de nuevo obliga a huir a los apóstoles. Esta vez son dos ciudades insignificantes las que los acogen: Listra, en los confines de la Licaonia e Isauria, y Derbe en la vertiente septentrional del Tauro ciliciano. La región figura entre las ingratas de Asia Menor. Cicerón, procónsul romano de Cilicia, que por razones de su cargo se vio obligado a vivir en ella durante cierto tiempo, no encontraba palabras bastante despectivas para designar estas poblaciones rústicas e ignorantes. El texto de los *Hechos* nos da también un testimonio pintoresco de la credulidad licaoniana. En Listra se corrió la noticia de que Pablo había hecho la curación milagrosa de un cojo

y las turbas al ver lo que Pablo había hecho, levantaron la voz, diciendo en licaonio: «Los dioses, tomando figura de hombres, bajaron a nosotros» (*Hechos* 14, 11-12). Las epifanías divinas[1] constituían aquí una parte integrante de las creencias. Bernabé fue asimilado a Zeus, y Pablo a Hermes el dios de la palabra, y seguidamente el sacerdote de Zeus se dispuso a ofrecer un sacrificio ante su templo.

El encarnizamiento de los judíos procedentes de Antioquía o de Iconio, de nuevo obligan a Pablo a huir, dirigiéndose entonces a Derbe, punto extremo de su primer viaje. Hizo allí una estancia prolongada, en el curso de la cual y lo mismo que en Listra evangelizó de una manera especial a los Gentiles. Estas jóvenes Iglesias licaonias adquieren una fisonomía desconocida hasta entonces. El recuerdo de la sinagoga empieza a esfumarse y quizás debamos ver en ello una de las razones del interés que el apóstol les dedicó en lo sucesivo. Una segunda misión debía llevarle pronto y de nuevo a esta comarca desheredada, para reclutar en ella a dos de sus compañeros mas fieles.

Por razones que nosotros ignoramos y que dejan perplejos a los exegetas, san Pablo no prosiguió su viaje más hacia el este, y tomando el camino de regreso, rehizo en sentido inverso el que lo había conducido desde la costa panfílica a la meseta licaonia. Visitó de nuevo Listra, Iconio y Antioquía y puso especial cuidado en dar disposiciones en las Iglesias que había fundado. Se detiene en Pisidia y luego alcanza Perge, punto de partida de su primera campaña anatólica. «Y habiendo hablado en Perge» es decir la ciudad que unos años antes se había limitado a atravesar, se dirigió al cercano puerto de Atalia (lám. IV a), desde donde

[1] Bajo este nombre se designan las apariciones divinas en las religiones antigüas.

un navío lo condujo hacia Seleucia y Antioquía sobre el Orontes.

A pesar de quedar limitada a unas regiones relativamente poco importantes, esta primera misión anatólica de Pablo había obtenido unos resultados de un alcance considerable: por vez primera la buena nueva había sido predicada a los Gentiles; se habían creado algunas Iglesias fuera del mundo judío y el naciente cristianismo hallaba en tierra pagana un terreno favorable. Asia Menor estaba llamada a recoger durante siglos la nueva religión.

CAPÍTULO III

La segunda misión

El relato de los *Hechos* permite imaginar una estancia bastante prolongada de Pablo y Bernabé en Antioquía. A continuación vemos como los apóstoles «se dirigen a Jerusalén» con objeto de explicar su obra entre los Gentiles, y luego regresan a Antioquía acompañados de Judas y Silas, *dos hombres eminentes entre los hermanos.*

Al cabo de algunos días dijo Pablo a Bernabé: «Demos una vuelta y visitemos a los hermanos por todas las ciudades en que anunciamos la palabra del Señor, a ver como andan». *Bernabé quería resueltamente tomar consigo también a Juan llamado Marcos; Pablo, empero, estimaba que a quien se había separado de ellos desde Pamfilia y no había ido con ellos al trabajo, a este no debía tomarle consigo. Y se produjo un agudo conflicto, hasta el punto que se separaron el uno del otro, y Bernabé, tomando a Marcos, se embarcó para Chipre; mas Pablo, habiéndose escogido a Silas por compañero, se partió, entregado a la gracia de Dios por los hermanos; y recorrió la Siria y la Cilicia, consolidando las Iglesias* (*Hechos,* 15, 36-41).

La segunda misión empezó con carácter mas continental, mas anatólica que la primera, especialmente en sus comienzos. Examinemos un mapa (fig. 2). Partiendo de Antioquía donde ha permanecido largo tiempo y a través del desfiladero del Amanus, las «puertas sirias»,

san Pablo llega primero a Cilicia, su provincia natal. Mitad anatolia y mitad siria, la antigua Cilicia estaba dividida en dos regiones: la Cilicia rocosa al Oeste y la Cilicia campesina al Este. Los antiguos coincidían en considerar la población de Cilicia como de origen Fenicio, y llegaban a esta conclusión diciendo que Cilicia había sido poblada por el héroe Kilix, o Cílice hijo de Agenor, rey de Fenicia. En realidad la región eludió durante largo tiempo la influencia griega, a pesar de su carácter marítimo. Los símbolos monetarios de las ciudades cilícias hacen referencia a menudo a diversos cultos orientales, entre otros al de un cierto Heracles, muy próximo al de su homónimo sirio. Es muy posible que los Cilícios hayan aprendido de los Fenicios sus aptitudes para las expediciones marítimas, lo que les convirtió en una nación de corsarios peligrosos. Después de haber sido arrebatada a los persas por Alejandro, tuvo que seguir el mismo destino que su vasto imperio. Pasó bajo el gobierno de los reyes de Siria, y después de la derrota de Antíoco III en 188 formó parte de los dominios que los romanos consintieron que conservase el vencido. Durante el primer siglo anterior a la era cristiana, y después de un dominio efímero por parte de Mitridates, la Cilicia fue convertida en provincia romana. Bajo este título fue administrada por Cicerón, cuyas impresiones sobre la región bajo su gobierno no fueron mucho más favorables que aquellas que le merecía la vecina Licaonia.

Aunque la narración de los *Hechos* sea muy lacónica, es de suponer que Pablo y Silas se entretuvieron en Cilicia. Evidentemente Pablo se sentiría como en su casa, en este país. A pesar de su profesión de industrial, había asistido a las escuelas que hacían de Tarso la capital intelectual, en tanto que su vecina Soli llamaba

la atención por la incorrección de su idioma. Quizás había frecuentado también el gimnasio para los jóvenes instalado junto al Cidno, río famoso por la frialdad de sus aguas. No obstante, Cilicia solamente debía ser una simple etapa de su viaje. Son las Iglesias del interior lo que atrae a Pablo. Por lo tanto, es necesario marcharse de las llanuras costeras y alcanzar la alta meseta, siguiendo para ello el único camino cómodo que franquea el Tauro, las famosas Puertas Cilicianas, a través de las cuales, tiempo atrás Alejandro Magno se había lanzado a la conquista del imperio persa, y por donde siglos más tarde los Cruzados bajarían hacia Tierra Santa. El apóstol encuentra de nuevo sus Iglesias de Derbe y de Listra. La cantidad de fieles había aumentado. Timoteo, que cuando su primera misión no era mas que un muchacho, se había convertido en adulto, de quien los fieles de Licaonia daban las mejores referencias. Pablo lo tomó a su lado, y para no chocar con la susceptibilidad de los judíos que allí vivían, lo circunscidó él mismo. Desde Iconio, Pablo se dirigió seguramente a Antioquía de Pisidra, y fue al marcharse de Antioquía cuando Pablo y Silas se desviaron hacia Frigia y Galacia.

Y atravesaron la Frigia y la región de Galacia, impedidos por el veto del Espíritu Santo de anunciar la palabra en el Asia (16,6).

La expresión «región de Galacia» parece ser empleada para designar de una manera especial la Galacia propiamente dicha, o sea la región situada al norte de la Licaonia y que en el año 278 fue invadida por la inmigración céltica, para diferenciar con ello la provincia romana del mismo nombre que comprendía además del país galata, la Licaonia, la Pisidia y la Isauria. La parte oriental de Frigia también dependía de ella y por lo

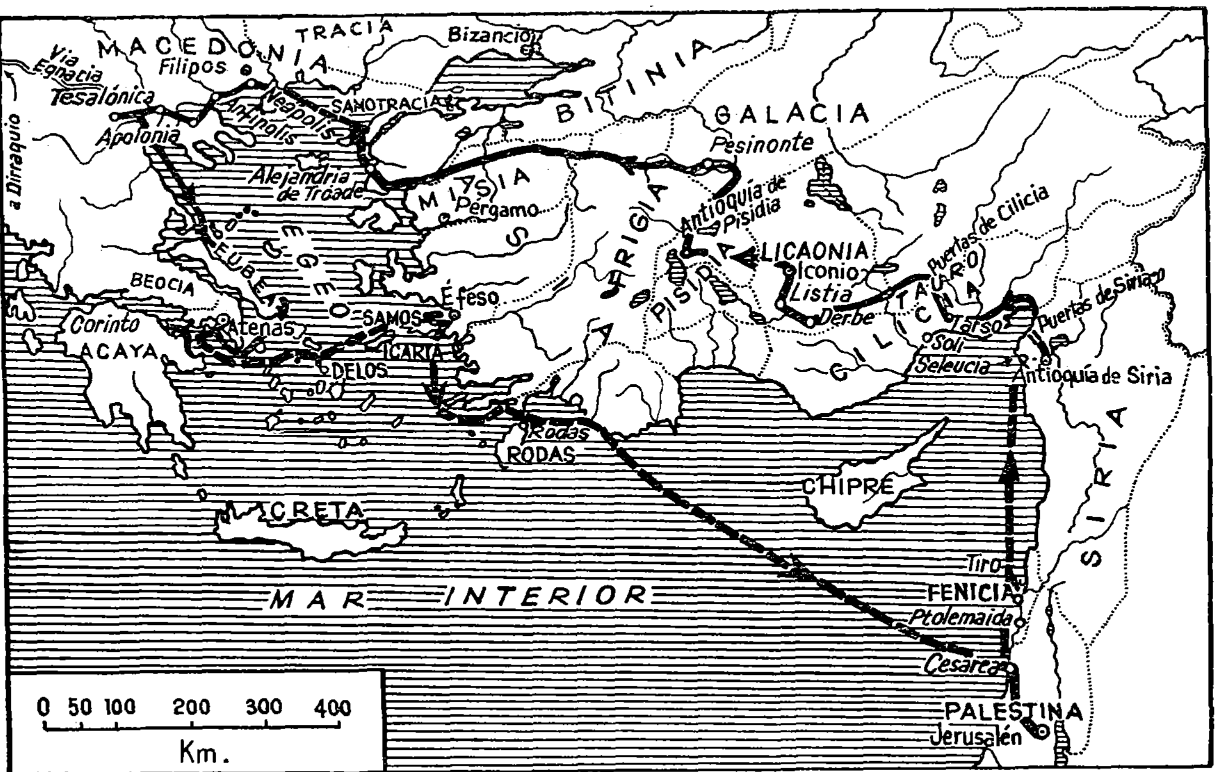


FIG. 2. Mapa de la segunda misión.

tanto se trata en este caso de la Frigia oriental. Así pues Pablo, Silas y Timoteo fueron por este lado, *impedidos por el Espíritu Santo de anunciar la palabra en el Asia.* Al decir Asia no quiere decir toda Anatolia; se trata de la provincia proconsular de Asia occidental que comprendía las ciudades más pobladas y más ricas, Efeso, Mileto, Esmirna y Pérgamo. Pablo y Silas, que habían salido de Cilicia, habían cruzado de este a a oeste la meseta licaonia y luego la meseta pisidia. La tentación natural hubiera sido entonces la de descender hacia las costas occidentales de Anatolia, siguiendo el valle del Meandro. En lugar de seguir este itinerario normal, los apóstoles se dirigieron deliberadamente hacia el norte, pero al renunciar provisionalmente a la evangelización de los paises griegos de la costa egea, ¿hemos de suponer que en Frigia y en Galacia observaron la misma reserva? Una lectura atenta de los *Hechos*, nos permitirá imaginar lo contrario. La tercera misión llevará de nuevo a san Pablo al país gálata, y se dice que el apóstol recorrió estas comarcas, consolidando a todos sus discípulos. De ello se puede inferir, con la mayor verosimilitud, que en el transcurso de su primer viaje ya había fundado comunidades.

Frigia, donde iba a desarrollarse la actividad misionera de Pablo, era una de las zonas anatólicas menos influída por el helenismo: en tiempos remotos había conocido una civilización propia, cuyo legendario Midas nos queda como único y fabuloso testigo. País de clima áspero y continental, también había dado asilo a los cultos extranjeros. El más célebre de ellos, el culto a Cibeles, se destacaba por la exaltación de sus fieles, pero estas mismas exaltaciones fueron las que hicieron llegar hasta Roma el prestigio de esta

diosa frigia, dando con ello la señal de penetración de los cultos orientales en el paganismo de la capital. Sabacio, otro dios frigio, había conquistado Atenas desde el siglo v y se sabe de las burlas con que Demóstenes apabullaba a su adversario Esquines, a quien reprochaba el papel representado por su madre como sacerdotisa de un miserable dios de Asia. Mas próximo a los tiempos del apóstol, otra divinidad había recogido el homenaje de las poblaciones rurales de Frigia; se trataba del dios Men, que las estatuas representan vestido con el traje «frigio» es decir, la capucha, la túnica, el manto y las polainas, llevando en la espalda una media luna. Se trataba de una divinidad del campo que protegía contra las enfermedades tanto a los animales como a las gentes; infinidad de dedicatorias le agradecen el haber curado o le suplican curar. Protegía contra los sortilegios y defendía a los muertos del terrible destino de ser despojados de su tumba. Su protección podía hacerse extensiva al poblado o a la familia entera. Aun cuando no practicase las orgías ruidosas y locas de los otros grandes dioses de Frigia, y no hubiese hecho tantos prosélitos como ellos en el extranjero, el prestigio universal de que gozaba en Asia debieron permitirle resistir durante largo tiempo a la nueva religión. Este era el país de predicación al cual pretendía llegar el apóstol, en verdad con un resultado muy singular, ya que la *Epístola a los Gálatas* nos informa que los recién convertidos pronto se dejaron convencer por otros.

Y como llegaron cerca de la Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, y no se lo consintió el Espíritu de Jesús; y dejando a un lado la Misia, bajaron a Tróade (16, 7-8).

Las vacilaciones de Pablo y Silas hacia finales de su misión frigia han dado lugar a infinidad de especulaciones aventuradas. Llegados al ángulo noroeste de la

Frigia, seguramente en la vecindad de Aezani, los apóstoles podían elegir entre dirigirse hacia el norte y llegar al Ponto Euxino, el actual mar Muerto, atravesando para ello la Bitinia, o seguir oblicuamente hacia oeste y llegar al Egeo a través de la antigua Misia. Parece ser que su primer intento fue el de penetrar en la Bitinia, y esta elección hubiera estado perfectamente de acuerdo con la línea que se habían establecido. El antiguo reino de Prusias, sometido por Pompeyo a la dominación de Roma, presentaba los caracteres anatólicos que san Pablo buscaba. Cabía esperar que su predicación encontraría allí un terreno sumamente favorable, pero en realidad sería a otros a quienes correspondería crear aquellas comunidades, cuya presencia debía señalar Plinio el Joven, gobernador de Bitinia a principios del siglo segundo, en una de sus cartas al emperador Trajano. En cambio fue a la provincia de Musia donde Pablo se dirigió. Esta provincia, incorporada desde unos dos siglos atrás a Asia proconsular, parecía mayormente una tierra griega. Salpicada desde la época arcáica de colonias eolias, esta provincia había tocado después de la participación de las conquistas macedonias a los reyes de Siria, y luego había quedado en gran parte sometida al nuevo estado de Pérgamo. Se hablaba en griego, y salvo quizás en las campiñas muy alejadas, los dioses que se adoraban eran los del panteón helénico.

Por lo tanto fue a través de una región bastante nueva para ellos por donde los misioneros cruzaron antes de dirigirse al puerto de Alejandría de Tróade, en el mar Egeo, En esta región se sitúa la célebre visión de Pablo: *Un hombre macedonio estaba allí de pie, rogándole y diciendo:* «pasa a Macedonia y socórrenos» (16, 9). *En cuanto hubo visto esta visión,* añade el relator, que en adelante se expresa en primera persona del plural, *al pun-*

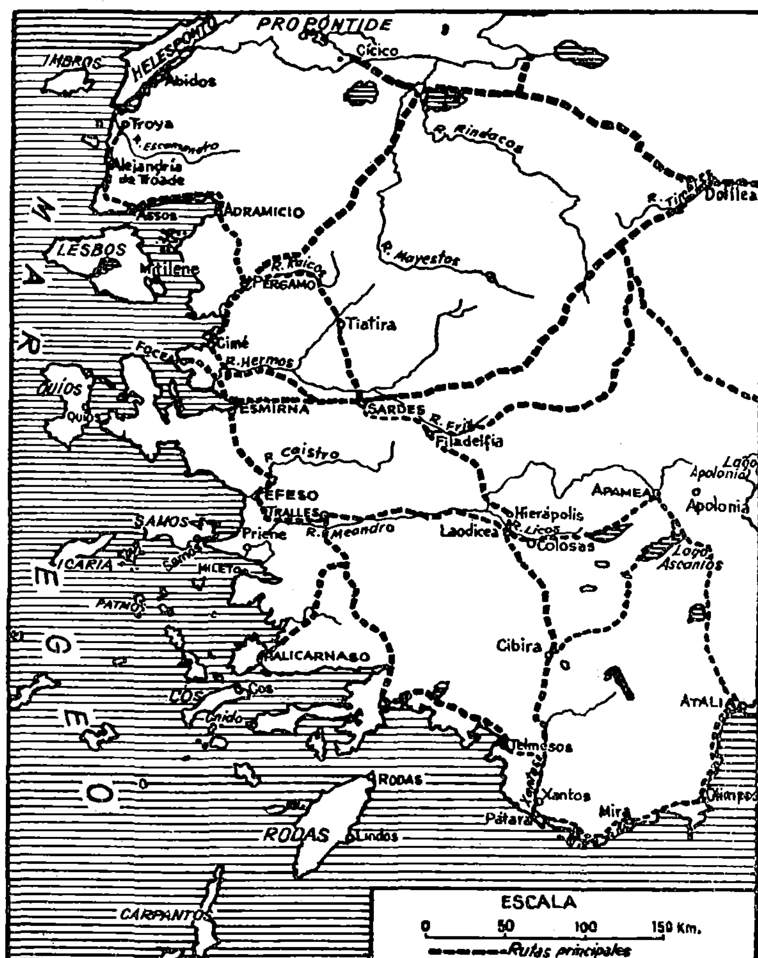


FIG. 3. Mapa de Asia Menor occidental.

to tratamos de salir para Macedonia, coligiendo que Dios nos había llamado a evangelizarles. Cualquiera que sea el sentido que se de a este acontecimiento, es conveniente subrayar la importancia de una tal decisión, aun cuando es evidente que la partida de Alejandría de Tróade no ofrece la misma gravedad que la salida de Antioquía. La evangelización de las tierras paganas no constituye ya una novedad, y el camino quedó abierto cuando Pablo y Bernabé se embarcaron hacia Chipre y Panfilia. Pero la última decisión de Pablo es de otro orden, pues se trata de ir más allá de la etapa anatólica. Pasar a Macedonia equivale a meterse en una provincia de caracteres muy diferentes, evidentemente más adelantada que el país de los Gálatas y de los Frigios, y significa también, en cuanto a la colonia romana de Filipos, descubrir el mundo inmenso que Pablo solo había vislumbrado al recorrer las colonias de Antioquía de Pisidia o Alejandría de Tróade.

Pablo y sus compañeros hicieron una escala de una noche en Samotracia, pero no pensaron siquiera en predicar la buena nueva en esta isla célebre por su culto a los dioses Cabiros, extrañas figuras que se encuentran en la proximidad de Tebas de Beocia; al día siguiente los viajeros se hacen de nuevo a la mar y la misma noche llegan al puerto de Neápolis, en la costa de Tracia, después de una navegación que parece haber sido notablemente rápida. Lo que entonces se denominaba provincia de Macedonia se componía en realidad de ciertas partes de Tracia, antiguamente colonizadas por los griegos, que fueron absorbidos en el siglo cuarto antes de la era cristiana por la monarquía macedonia, para terminar incorporadas desde hacía dos siglos al mundo romano. Lo mismo que los territorios de Asia Menor recorridos por Pablo, se trata de



LÁM. III.
Antioquía
de Pisidia.
Pág. 20

Lám. IV. *a)* Atalia. *Pág. 22*

b) Atenas, Areópago. *Pág. 39*

zonas bastante refractarias al helenismo propiamente dicho. Tracia, al igual que Frigia, con la cual la aproximan ciertos lazos étnicos todavía mal definidos, es también la cuna de un culto orgiástico. Si las altas mesetas de Frigia son la patria de Cibeles, las cimas del Pangeo, el macizo montañoso que domina al mismo tiempo el valle del Estrimón y la llanura de Filipos, han visto nacer el culto a Dionisios. El Dionisios tracio es una divinidad rural, que según creencias de los indígenas, recorre las montañas al frente de sus fieles a los cuales empuja a una exaltación próxima a la locura. En realidad, en la época en que san Pablo y sus compañeros desembarcan en Neápolis y contemplan por vez primera las cimas del Pangeo, cuya masa sombría se destaca sobre la línea clara de poniente, hace ya mucho tiempo que la religión dionisiaca ha traspasado los límites de su reino primitivo y se ha extendido por el mundo griego, atropellando a los dioses del panteón tradicional, invadiendo el santuario de los oráculos de Delfos e irrumpiendo entre las divinidades de Eleusis. No podemos dejar de observar la curiosa insistencia del apóstol en llevar su mensaje de una manera preferente a aquellos pueblos dominados por una religión ardiente y entusiasta, y no por el ideal intelectual y moral de los sabios de Atenas.

En Neápolis, el apóstol encuentra la *Via Egnatia*, importante vía de penetración romana, que reúne Dyrrachium (Durazzo) en el Adriático con la costa Tracia. Después de tres o cuatro horas de camino llega a Filipos, ciudad que si no fue fundada, por la menos fue muy reformada por Filipo de Macedonia en el año 356 A. C. Durante tres siglos la historia de esta pequeña ciudad se había confundido con la del reino de su fundador, pero en el año 42 A. C. un acontecimiento

transtornó el curso de su evolución. Bruto y Casio, defensores de los ideales republicanos, se enfrentaron en un choque decisivo con Antonio y Octavio que entonces estaban unidos. La derrota de los republicanos fue completa y los dos jefes se suicidaron, en tanto que los vencedores procedían a un nuevo reparto del imperio e instalaban en Filipos una buena parte de sus soldados que quedaron licenciados después de la batalla. Estos veteranos debían constituir la base de una importante colonia romana, y el pequeño poblado macedonio que los acogió quedó señalado con la marca de esta metamorfosis. Los edificios públicos y las construcciones particulares se ordenaron en funciones de la *Via Egnatia*, que como era natural, se convirtió en el *Decumanus Maximus* de la ciudad. En el centro de esta había el Foro, plaza rectangular de unos 50 metros por 100, enlosada con grandes piezas de mármol y rodeada de pórticos o de templos. Al este del Foro se levantaba el teatro, cuyo granderío se ha conservado intacto largos siglos.

El primer cuidado de san Pablo fue el de ponerse en contacto con la minoría judía que residía en esta ciudad romana. Por lo tanto fue a reunirse con sus correligionarios en el proseuco o sinagoga, que según nos explica el texto de los *Hechos* se encontraba cerca de un río. Se ha querido identificar este río con el Gangites que corre a una distancia bastante considerable de la ciudad, pero quizás sería preferible pensar en una corriente de agua más próxima de Filipos, y aceptar que los judíos tenían su proseuco en el jardín de uno de los suyos, vecino de esta corriente de agua. Los detalles de su misión, las dificultades que encontró en Filipos lo mismo que en otras partes, están en la memoria de todos. Por lo tanto solo insistiremos en un detalle, que

fue el cariz que tomaron las persecuciones contra el apóstol. Caso excepcional de los *Hechos,* en esta ocasión no fueron los judíos quienes iniciaron la persecución como ocurrió en Antioquía de Pisidia, en Listra, y más tarde en Corinto; esta vez fueron los romanos quienes denunciaron a Pablo y a Silas como judíos y por ejercer una propaganda ilegal desde el momento en que se dirige a los romanos. Esto nos proporciona una indicación extraordinariamente interesante sobre la actitud de las autoridades romanas en relación con la predicación cristiana, en una época en que todavía resultaba difícil diferenciarla del judaísmo[1].

Al marcharse de Filipos, Pablo y Silas siguieron la vía egnaciana y se dirigieron hacia Anfípolis, capital de la provincia, situada a una hora de la desembocadura del Estrimón. No es de suponer que los viajeros se detuvieran en esta ciudad totalmente helénica; siguieron hacia Apolonia desde donde llegaron a Tesalónica, en el fondo de su golfo. Tenemos pues a los apóstoles en una gran ciudad, con uno de los puertos más comerciales del Mediterráneo. Allí encontraron una sinagoga y siguiendo su costumbre a ella se dirigió san Pablo para predicar. La Iglesia que se fundó constituyó un verdadero ejemplo, que san Pablo se complació en citar en lo sucesivo; no obstante una vez más los judíos provocaron trastornos y amotinaron a la muchedumbre.

Los hermanos inmediatamente, de noche, hicieron salir a Pablo y a Silas para Berea. Se trataba de una ciudad bastante populosa, apartada de los grandes caminos. En ella la acogida de la colonia judía fue más favorable, y Pablo dispuso de todo el tiempo necesario para predicar en la sinagoga hasta el día en que los judíos de Tesalónica provocaron nuevos conflictos a los apóstoles.

[1] Cf. P. LEMERLE, *Philippes... à l'époque chrétienne,* pág. 34.

Visto que su estancia en Macedonia se iba haciendo insostenible. Pablo se dirigió hacia el puerto más próximo donde se embarcó para Atenas. Así terminó la misión de Macedonia, una de las más fecundas entre las que Pablo tenía que desarrollar, y de una manera especial aquélla sobre la cual poseemos informes más concretos. Precedida por el judaismo, ¿logrará la religión de Cristo introducirse en el propio corazón de la vieja Grecia?.

SAN PABLO EN ATENAS

Aunque la narración de los *Hechos* no lo aclara, es normal creer que el viaje de Macedonia a Atenas lo hiciera Pablo por vía marítima. Sin duda alguna era el camino más fácil. Embarcándose en Metone o en Aloros, Pablo empezó bordenado el Olimpo, cuyas cimas veladas a menudo por las brumas servían de retiro a Zeus y a los grandes dioses. A continuación dobló la punta del Pelión y probablemente se adentró por el estrecho canal que separa la isla de Eubea del continente. Después de una viaje de cuatro o cinco días y y después de haber evitado los escollos del cabo Sunión, dominado por el templo de Poseidón, la nave que conducía a Pablo y a sus fieles bereos recalaba por fin en el Pireo o en Falero.

A mediados del primer siglo de nuestra era, la vieja Grecia, convertida en provincia de Acaya, no ha podido recuperarse todavía de los continuos golpes que ha recibido a causa de las incesantes guerras de los siglos anteriores. Ciudades ilustres y con un pasado glorioso, tales como Tebas o Argos, se habían convertido en pobres poblados, los campos estaban desiertos y el

espectro de la desolación y de la ruina sorprendía a todos aquéllos que recorrían los caminos, buscando recuerdos de su formación clásica. En medio de este país miserable, únicamente Atenas y Corinto conservaban su aspecto de grandes ciudades.

La vida en Atenas ya no es la existencia tranquila de una ciudad universitaria de provincias y de una ciudad artística que rodeada de calma, monotonía y seguridad goza del prestigio que le confiere un pasado ilustre y su rango de ciudad libre, cuando menos de nombre[1]. A pesar de haber sido despojada, como el resto de Grecia, por los administradores romanos, la ciudad de Palas todavía ofrecía al viajero el más sorprendente conjunto del mundo antiguo. Los monumentos de la Acrópolis estaban intactos, y se elevaban en medio de una infinita abundancia de estelas y ofrendas de todas clases. Mientras esperaba a Silas y a Timoteo a quiénes había llamado con toda urgencia, Pablo tuvo ocasión de recorrer la ciudad, subir las cuestas de la roca sagrada y vagar a los pies del Partenón. ¿Cuáles podían ser los sentimientos de este judío de Cilicia, en presencia de aquéllos frontones esculpidos ilustrando las más antiguas leyendas de Atica, el nacimiento de Atena, y la disputa de Poseidon y Atena para la posesión de la futura ciudad? Sin querer incurrir en el patos de Renan, de quién se conoce el famoso apóstrofe: «*¡Oh bellas y castas imágenes, verdaderos dioses y verdaderas diosas, temblad! He aquí al que levantara el martillo contra vosotros. La palabra fatal ha sido pronunciada: sois unos ídolos...*», hemos de reconocer que quizás por primera vez se sentía desplazado en medio de un mundo que no le comprendía y al que tampoco él llegaba a comprender.

Probablemente ocurría que la religión ateniense y

[1] GRAINDOR, *Athènes de Tibère à Trajan*, pág. 1.

las creencias escatológicas por ella difundidas, ofrecían una seria resistencia a la predicación de Pablo. Los antiquísimos misterios agrarios celebrados en el mes de septiembre en el *Telesterion* de Eleusis en honor de Demeter, de Coré, de Dionisios y de Triptolemo continuaban atrayendo a multitudes de fieles. Los mismos emperadores, empezando por Augusto, se sometían a los ritos de iniciación. Claudio maduraba el proyecto de transplantar las ceremonias a Roma; Nerón, asesino de su madre, no se atrevía a presentarse en Eleusis con motivo de su viaje a Grecia, pues no ignoraba que antes de cualquier ceremonia el heraldo eleusino ordenaba a los impíos y a los criminales que se retirasen. Pero más que los Misterios eleusinos, más que el cortejo poético de las divinidades del terruño, cuyo culto permanece muy vivo en estos comienzos de período imperial, era el espíritu griego el que se mostraba poco permeable a la predicación de Pablo. Lo más característico de la religión de los griegos de tiempos pasados era la falta de infinito, y ninguna raza parecía poder ser más extraña al misticismo; en todos los tiempos la especulación filosófica había agitado el problema de la inmortalidad del alma, y rechazaba con indignación la doctrina de la resurrección.

Mientras aguardaba la llegada de Silas y de Timoteo, Pablo *discutía pues, por una parte de la sinagoga con los judíos y con los adoradores de Dios, y en el ágora cada día con los que allí se encontraban. Por otra parte, algunos de los filósofos epicúreos y estoicos trababan conversación con él; y unos decían:* ¿Qué querrá decir este bufón? mas otros: Parece ser anunciador de divinidades extranjeras. *Porque les anunciaba a Jesús y la resurrección. Y asiendo de él, le llevaron al Areópago, diciendo:* «¿Podríamos saber cual es esa nueva doctrina que tu enseñas? Porque nos metes por los

oídos ciertas cosas extrañas. Deseamos por tanto, saber que quieren ser estas cosas» (17, 17-20).

Debido a que hacía proselitismo en favor de divinidades extranjeras, Pablo se vio conducido ante el tribunal del Areópago (lám. IV b), y los filósofos estoicos y epicúreos se limitaron a usar de un derecho que les reconocía la ley ateniense de conducir a los delincuentes cogidos en flagrante delito, ante los poderes competentes. El «consejo» que actuaba en el Areópago era una muy antigua institución ateniense que antiguamente disfrutó de grandes poderes que fueron reduciéndose a medida que se iba extendiendo la democracia. Según Aristóteles, tenía la misión de velar por las leyes, y en sus orígenes detentaba la mayor y la parte más importante de la administración, reprimiendo a menudo mediante multas o castigos corporales todas las infracciones del buen orden. Debilitado por las reformas democráticas de Clistenes de finales del siglo VI el Areópago después de las guerras medas volvió a ser el «poder directivo», pero pronto su decadencia se precipitó de nuevo. En el siglo IV no era más que un tribunal encargado de juzgar los casos de asesinato con premeditación y las acusaciones de impiedad. El relato de los *Hechos* nos indica que en la época romana todavía conservaba estas atribuciones. Un detalle muy discutido es el de saber si san Pablo fue conducido a la colina de Ares en la vertiente oeste del Acrópolis, lugar tradicional de reunión del Areópago, o si la confrontación tuvo lugar en el pórtico real del Agora, donde el tribunal se reunía algunas veces en la época imperial. Por otra parte es importante destacar que Pablo no fue llevado ante el Areópago para ser juzgado, sino para informar a los areopagitas sobre la naturaleza de sus enseñanzas, con lo cual el Areópago actuaba solamente para estudiar una posible acusación.

Del discurso pronunciado por el apóstol, retendremos la mención de «a un dios desconocido», que le sirve como punto de partida. A decir verdad no existe ni en los textos literarios ni en las inscripciones, ningún ejemplo cierto de una dedicatoria parecida en singular, mientras que en plural se encuentra a menudo. Pausanias el viajero, que durante el siglo segundo de nuestra era recorría los lugares de la vieja Grecia, de los cuales daba a menudo descripciones muy detalladas, cita entre los lugares de culto del puerto de Muniquia, próximo al Pireo, los altares del algunos dioses llamados «desconocidos». El mismo Pausanias muestra en Olimpia un monumento del mismo estilo, vecino del gran altar de Zeus Olimpico. Tales dedicatorias resultan muy instructivas: Si los Griegos erigían altares a los «dioses desconocidos» era para estar seguros de no olvidar a ninguna divinidad en sus homenajes y evitar así su cólera. Otro detalle nos llamará también la atención, y es la cita que el apóstol toma de los *Fenómenos* del poeta Arato [1]. Este poeta del siglo tercero antes de nuestra era, que pertenece a la escuela de Alejandría y vivió buena parte de su existencia en la corte de Antígono Gonatas rey de Macedonia, era originario de Soli, de Cilicia. No es pues de extrañar que en las escuelas de Tarso donde san Pablo había estudiado en su juventud, se enseñasen con orgullo los poemas de un poeta considerado por los Cilicios, con justo motivo, como una gloria local, y por lo tanto no debe de sorprendernos que una cita de este poeta acuda a la mente del apóstol cuando busca dirigirse a los atenienses en su propio idioma. La crítica escrituraria a menudo ha rechazado la autenticidad del discurso de san Pablo, cuando menos en la forma en que lo transcriben los *Hechos*. Por

ARATO, *Fenómenos* 5: «Somos también de su raza».

mi parte me siento inclinado a condsierar esta cita de Arato como un recuerdo directo de las palabras pronunciadas por el apóstol, que ofrecen la máxima garantía de autenticidad.

Se conoce el poco éxito alcanzado por el discurso de san Pablo. La doctrina, habiéndoles parecido inofensiva por su absurdidad, y su propagandista indigno de ser expulsado, el apóstol se benefició de un «no hay lugar». A pesar de ello no persistió en su esfuerzo, y sin aguardar la llegada de Silas y de Timoteo, se marchó de Palas hacia Corinto, donde su predicación debía alcanzar un resultado muy diferente.

SAN PABLO EN CORINTO

Corinto (lám. V) ofrecía un terreno mucho más favorable que Atenas. La antigua ciudad griega había sido destruida en el año 146 por Mumio, después de un terrible asedio, y las pesadas columnas del templo arcáico (ver lám. cubierta) eran casi lo único que quedaba para conservar el recuerdo de la gran ciudad comercial, que durante muchos siglos antes había inundado toda la cuenca del Mediterráneo con los productos de su industria. Reconstruida el año 44 A. C. por César quién hizo de ella una importante colonia romana habitada especialmente por libertos, desde el año 27 se había convertido en la capital de la provincia de Acaya. Ciudad cosmopolita y de unas costumbres licenciosas proverbiales, la nueva Corinto permaneció durante largo tiempo extraña a Grecia. Por el carácter heteróclito de su población, su lujo y su actividad podría comparársela con algunos de los grandes puertos del Mediterráneo actual, con Alejandría, Marsella o quizás mejor con la Esmirna del antiguo imperio otomano.

Timoteo, y probablemente también Silas, a quienes Pablo había llamado desde su llegada a Atenas, se le unieron en Corinto, y los tres compañeros permanecieron juntos durante largo tiempo en la ciudad. Cabría hablar de un ministerio corintio de san Pablo, a causa del esfuerzo sostenido que tuvo que realizar. De este ministerio cuya complejidad puede apreciarse en las *Epístolas a los Corintios,* sabemos que tuvo una duración de un año y seis meses. Al principio de la predicación, el apóstol se dirigió como de costumbre a los judíos, pero pronto solo fueron los paganos quienes recibieron la buena nueva. Para combatirla, los judíos ortodoxos recurrieron ante la autoridad romana, en este caso el gobernador de la provincia, el procónsul Galión. Marcus Anneo Novato era hijo del retor Marco Anneo Séneca y hermano mayor de Séneca el filósofo. Adoptado por el retor L. Junio Galión, tomó el nombre de su padre adoptivo. Se trataba de un hombre amable y de mucho espíritu, y probablemente fue su gran cultura helénica lo que incitó a Claudio a nombrarlo para la administración de Acaya. Por un curioso azar podemos saber la fecha exacta de su proconsulado: en una inscripción de Delfos, Galión aparece nombrado el año 51-52. Ante este perfecto representante de la cultura greco-romana fue donde los judíos de la sinagoga arrastraron a san Pablo,[1] pero el procónsul no quiso prestar ninguna atención a «una discusión de doctrina», y Pablo pudo escapar por esta vez de las persecuciones de sus adversarios.

Los Hechos nos explican que Pablo permaneció todavía algún tiempo en Corinto, continuando su apostolado y dirigiendo a las Iglesias que había fundado, sus

[1] Los excavadores americanos creen haber encontrado en el ágora de Corinto (fig 4), la tribuna cubierta donde se instalaba Galión; cf. O. Broneer, *The Biblical Archaeologist,* 1951, 4 pág. 92.

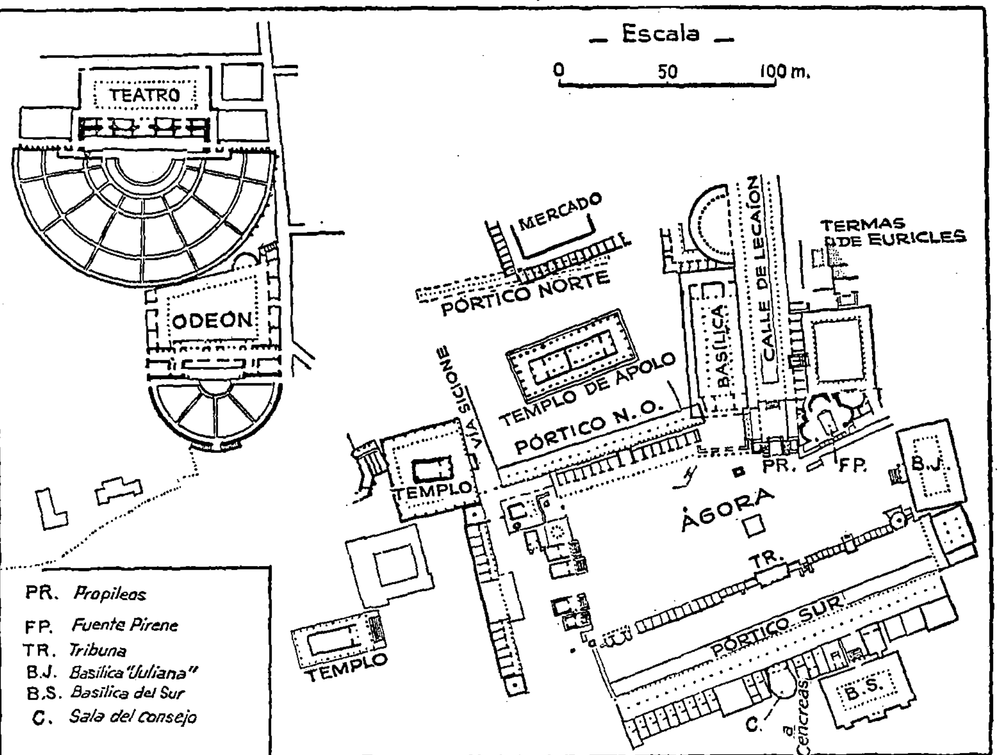


FIG. 4 Plano del centro de Corinto. (según *The Biblical Archaeologist*).

primeras epístolas. No obstante, después de una ausencia de tres años, sentía la necesidad de ver de nuevo las Iglesias de Siria y volver a tomar contacto con la comunidad de Jerusalén: *despidiéndose de los hermanos, se embarcó para la Siria, y con él Priscila y Aquilas, que en Cencreas se había hecho rapar la cabeza, porque tenía un voto* (18, 18). El apóstol había decidido celebrar la próxima fiesta en Jerusalén, y para dar un carácter más solemne a su decisión, se había comprometido con un voto. Así pues, Pablo y sus compañeros fueron a embarcarse en Cencreas, en el golfo Sarónico, punto de partida de las navegaciones hacia Oriente. Después de costear primero las costas de Megáride y de Atica, su navío prosiguió hacia las islas Ciclades, sin perder nunca de vista la tierra. Quizás los viajeros pasaron a lo largo de Delos, la isla santa de Apolo, que se remonta lentamente sobre las ruinas acumuladas durante el siglo anterior por los soldados de Mitridates; una nueva etapa les conduce a Samos, muy cerca de la costa de Asia, y por fin a Efeso, metrópli de la provincia. Pero aun cuando deja allí a Aquilas y a Priscila, Pablo no se detiene en esta ciudad que más adelante se convertirá en la sede de su ministerio. No tarda en reembarcar, y siguiendo (lo mismo que hará en el curso de su tercera misión) la costa irregular sudoeste de Anatolia, llegará seguidamente a Chipre y luego al puerto de Cesarea en Palestina, desde donde «subirá» a Jerusalén.

CAPÍTULO IV

La tercera misión

Los comienzos de la tercera misión, la estancia de san Pablo en Antioquía, sus divergencias con san Pedro, apóstol de los circuncisos y con los emisarios de Santiago, jefe de la Iglesia de Jerusalén, han dado lugar a innumerables investigaciones. De acuerdo con el criterio que hemos adoptado, nos limitaremos a un estricto comentario de los *Hechos*:

Después de subir y saludar a la Iglesia, (de Jerusalén), *bajó a Antioquía. Y habiendo pasado allí algún tiempo, se partió, y recorría sucesivamente la región de Galacia y la Frigia, fortaleciendo a todos los discípulos* (18, 22-23).

Antioquía será una vez más el punto de partida de la misión, etapa indispensable entre Jerusalén y el mundo pagano. No obstante, ¿cómo han cambiado los tiempos desde el día en que Pablo y Bernabé partieron de esta misma Antioquía en dirección a Chipre y Panfilia? Entonces todo estaba por hacer ¿Quién podía preveer el éxito que podría alcanzar la predicación de Pablo?, ¿dónde podría encontrar el terreno más favorable?, ¿con los griegos?, ¿con los pueblos de Asia Menor?, ¿en las colonias romanas? A todas estas preguntas el apóstol está ahora en condiciones de poder responder. En el transcurso de este nuevo viaje se

tratará no tanto de ganar nuevos territorios, excepto durante el ministerio Efeso, como de asegurar, enseñar y continuar las Iglesias ya marcadas por la gracia.

Ocurría que el apóstol había recibido malas noticias de las Iglesias que había fundado en Galacia en el curso de su gran misión en Asia Menor. Sus adversarios se habían dedicado a predicar a los nuevos conversos otro evangelio distinto al suyo, y parece ser que tenían éxito. A esta contra-misión san Pablo había replicado con vehemencia, mediante una epístola probablemente fechada en Antioquía, pero después de haberla enviado, es posible que sintiese deseos de atenuar sus efectos o cuando menos de reemprender sus enseñanzas verbales. Así pues, la nueva misión empezó como la anterior. Las ciudades de Cilicia y luego las de Licaonia y de Pisidia tuvieron ocasión de ver de nuevo a este misionero infatigable. Cabe suponer que Gayo de Derbe, del cual se habla más adelante, se unió esta vez al pequeño grupo de fieles de san Pablo. Aun cuando la narración de los *Hechos* es poco explícita, la mención del país gálata y de la Frigia nos permite deducir que san Pablo, una vez llegado a Pisidia, y al igual que en el curso de su segunda misión, rehusó a dirigirse directamente a Efeso, marchando primero hacia las provincias centrales de Asia Menor. Sin duda debió permanecer allí durante bastante tiempo, pues el redactor de los *Hechos,* después de mencionar de manera breve la estancia de Apolo en Efeso, precisa que san Pablo bajó a Efeso después de haber recorrido las regiones más altas del país, y estas «regiones altas» sólo pueden ser las mesetas de Frigia y de Galacia, las estepas áridas y desoladas donde habitaban los adoradores de Cibeles o de Men, los escultores de estas curiosas es-

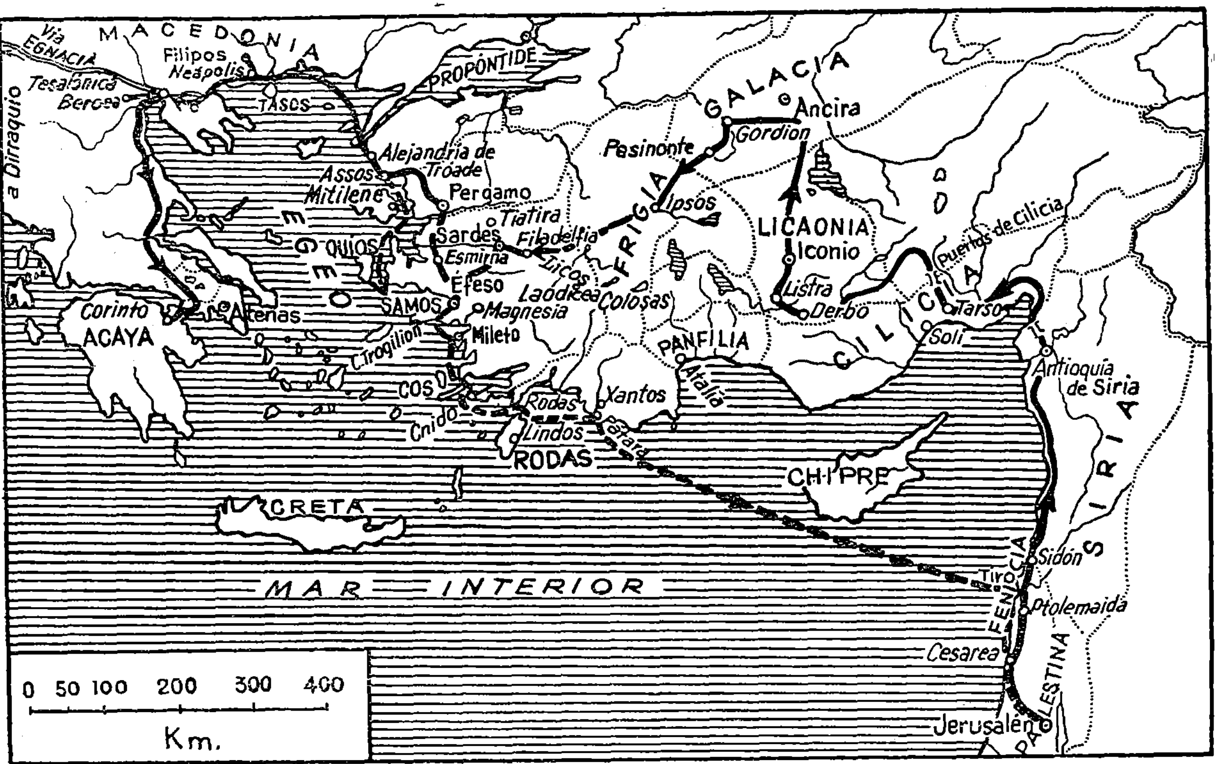


FIG. 5. Mapa de la tercera misión.

telas funerarias en forma de puertas que constituyen la mayor sorpresa para los viajeros modernos.

Sería interesante poder saber el camino que siguieron los apóstoles para descender desde las altas mesetas hacia Asia proconsular. Es posible que hayan seguido el que, saliendo de Ancira (la moderna Ankara), cruzaba por Gordión, Pesinonte, Ipsos, Sardes, para terminar precisamente en Efeso. Sardes, antigua capital del reino de Lidia, es una de las siete Iglesias del *Apocalipsis*, y parece muy lógico relacionar la fundación de esta Iglesia, con el paso de san Pablo, aun cuando otras Iglesias del *Apocalipsis* podrían reivindicar también este honor. Así tendríamos al sudeste de Sardes, a Filadelfia, la moderna Alasehir, pequeña población sin importancia adosada al monte Tmolos; más al este, junto a un afluente del Meandro, Laodicea de Licos, fundada en el siglo tercero por el rey de Siria Antíoco II, destinada a convertirse en una importante plaza comercial en la gran carretera que desde Asia proconsular conducía a Cilicia y a Siria. Aunque no figuren en el *Apocalipis*, mencionaremos también dos Iglesias vecinas, la de Colosas, rival comercial de Laodicea, que tuvo el honor insigne de recibir una epístola del apóstol fechada en Roma, y Hierápolis, cuya comunidad aparece citada por san Pablo en su *Epístola a los Colosenses*.

Dejemos ahora el grupo de las Iglesias del Licos y trasladémonos al noroeste de Sardes: He aquí Tiatira, la ciudad blanca, situada en un ancho valle regado por un afluente del Hermos, antiguo establecimiento en el cual los reyes seleucidas habían instalado una colonia para sus veteranos. Siguiendo nuestro camino hacia Oeste, nos encontramos con Pérgamo, en el valle del Caicos. Es interesante recordar la historia de esta ciudad. A principios del siglo tercero, Lisimaco, rey de



LÁM. V. Ubicación de Corinto, vista desde Acrocorinto.

Pág. 41



LÁM. VI.
Efeso.
Basílica de
San Juan.
Pág. 52

Tracia había reunido sus tesoros en una de las ciudades que poseía en Asia Menor norte-occidental, y había confiado su custodia a un cierto Filiterio de Paflagonia. Cuando Lisimaco hizo matar a su propio hijo Agatocles, que precisamente era amigo de Filiterio, el paflagonio ofreció su ayuda a Seleuco, contribuyendo así a la victoria del rey de Siria sobre Lisimaco. Cuando Seleuco hubo desaparecido, Filiterio se consideró independiente y legó la ciudad y sus tesoros a Eumenes, su hijo adoptivo. A partir de entonces empezó una época gloriosa para Pérgamo, cuyo apogeo coincide con el siglo segundo. A Eumenes I le sucedieron Atalo I, Eumenes II, Atalo II y finalmente Atalo III, quien en el año 133 legó su reino y sus tesoros a los romanos. La mediocre ciudad fortificada de Lisimaco se había convertido en una explendida capital. Sobre las terrazas escalonadas de su acrópolis se levantaban edificios suntuosos, el gran altar de Zeus, el templo de Atenas, el palacio de Eumenes y los gimnasios; a los pies de esta acrópolis, cuyas formidables escarpaduras dominaban el Selinos y el Cetio, se extendía la ciudad propiamente dicha, la misma donde actualmente se levantan las pintorescas construcciones de Bérgama; y finalmente extra muros, Asclepio dios de las curaciones, poseía un suntuario que en la época romana estuvo llamado a disfrutar de un extraordinario valimiento.

Más hacia el sur, Esmirna, segunda de las Iglesias citadas en el *Apocalipsis,* ofrecía más de un incentivo para atraer la atención de Pablo. Después de abandonar deliberadamente el emplazamiento de la ciudad arcáica destruída en el siglo VI A. C., Antígono, uno de los sucesores de Alejandro, hizo construir a principios de la época helenística una nueva ciudad al pie de la colina de Pago. Su situación incomparable, la bella disposi-

ción de su diseño, la elegancia de sus columnatas, hacían de Esmirna, según opinión del antiguo geógrafo Estrabón, una de las más hermosas ciudades del Asia romana.

Cada una de las ciudades que acabamos de enumerar podía representar una posible etapa en el camino que desde la alta meseta conducía a Efeso, pero será en esta capital donde vamos a encontrarnos de nuevo con el apóstol durante un período de unos tres años.

SAN PABLO EN EFESO

Al igual que ocurre con muchos puertos de Asia Menor, Efeso, que está situado en el fondo de un golfo no lejos de la desembocadura del Caistro, ha tenido que desplazarse a medida que los aluviones del río han ido rellenando el golfo. Cuando san Pablo fue a residir en en ella, hacía tiempo que el mar se había retirado lejos de la acrópolis arcáica, que dominaba la llanura cantada por Homero: *Donde se ven grupos numerosos de pájaros alados, grullas o cisnes de cuello largo, por los prados asiáticos y las dos orillas del Caistro, volando en todos sentidos y batiendo las alas orgullosamente, para luego posarse unos delante de otros, dando chillidos que los estremecen a todos* (*Ilíada,* II, 459 y ss.). No obstante, al pie de esta acrópolis se levantaba intacto el gran templo de Artemisa, reconstruido en el mismo lugar del templo arcáico que un incendio había destruido en el año 356, la misma noche del nacimiento de Alejandro. Este templo, de una decoración esculpida extraordinaria y de una elegancia de proporciones tal que merecía figurar entre las siete maravillas del mundo, estaba consagrado a una diosa madre local, soberana de las marismas del Caistro y que

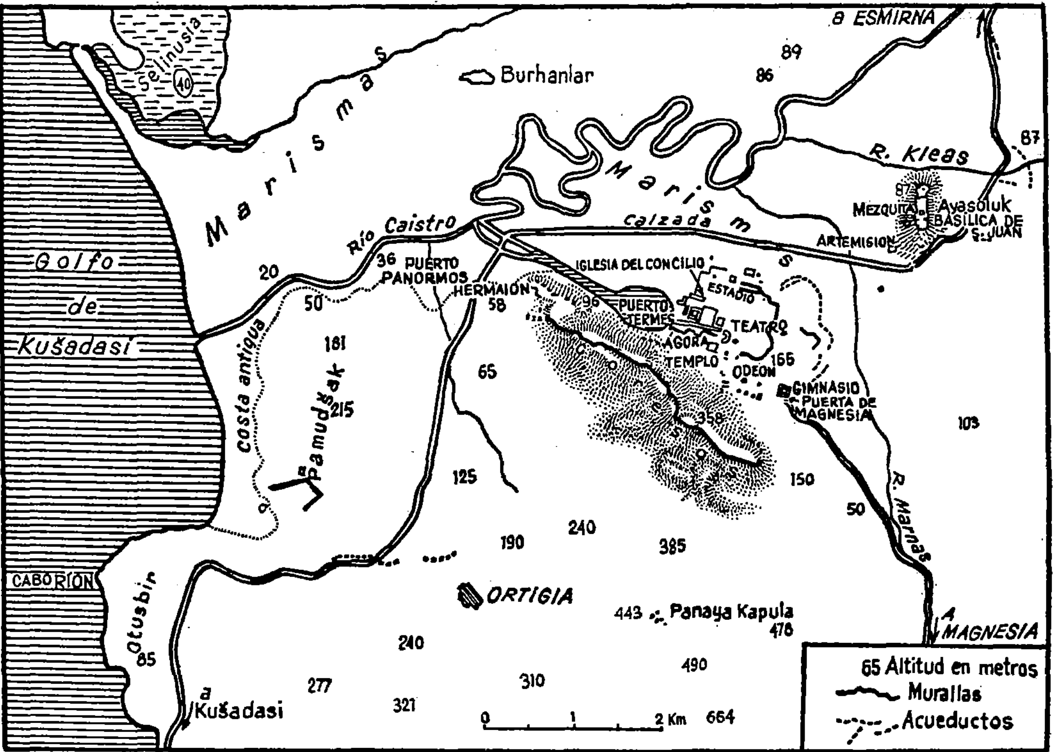


Fig. 6 Mapa de Efeso y su región.

los colonos griegos del siglo VIII habían identificado con su Artemisa. Ciertas leyendas tardías, seguramente modificadas y recompuestas por los sacerdotes del templo pretendían que la diosa, hermana de Apolo e hija de Leto, había nacido muy cerca de allí, en Ortigia. Muy pronto la fama de esta Artemisa traspasó los límites de la llanura del Caistro y los peregrinos acudían en masa desde todas las regiones del mundo griego y de Asia Menor. En la vecindad del templo se había creado una industria de fabricación de objetos piadosos que los fieles ofrecían a su diosa. Cuando hacia los siglos tercero o cuarto la religión de Cristo triunfó sobre los viejos cultos paganos, el templo de Artemisa fue derribado en parte y el pantano que dejó de ser drenado por una civilización activa invadió el antiguo emplazamiento, acumulándose sobre las ruinas enormes masas de tierra. Entretanto los Bizantinos erigieron en la colina una gran basílica en honor de San Juan el «teólogo» (lám. VI), pero esta basílica se derrumbó a su vez bajo los golpes de los turcos seldjúcidas. Finalmente, el Islam triunfante edificó sobre las vertientes de la misma colina una suntuosa mezquita, que en la actualidad y por falta de cuidados está parcialmente en ruinas. Pocos lugares pueden competir con la colina de Ayasoluk para ofrecer al mundo una imagen más perfecta de lo que es «el derrumbamiento universal de las cosas» [1].

Cuando a principios del periodo helénico, el rey Lisimaco decidió reconstruir la ciudad y devolverle su prosperidad de antaño, eligió un emplazamiento más al oeste y empezó dotando a la nueva ciudad con un puerto de más fácil acceso. Su construcción se hizo siguien-

[1] El estado de las ruinas confirma de manera conmovedora, la predicción de la Sibila, narrada por Clemente de Alejandría, en *Le Protreptique*, II, IV, 50: «Efeso deshecha, se lamentará llorando desde las laderas de su Acrópolis, buscando en vano su templo que ya no volverá a tener fieles».

do el diseño corriente de las fundaciones helenísticas, y cuando los romanos crearon la provincia de Asia, Efeso fue elegido como residencia del procónsul. Esta era la ciudad destinada juntamente con Jerusalén y Antioquía para ser la tercera capital del cristianismo (lám. VII a.). Tal como ya hemos señalado varias veces, la naciente religión halló un terreno más propicio en las ciudades comerciales, sin un carácter excesivamente acusado y desprovistas de tradiciones locales. Quizás todavía más que Corinto y Antioquía, Efeso, ciudad de comerciantes y de marinos, pero al mismo tiempo ciudad de cortesanas y de vividores, rebosaba de nigromantes, adivinos y vendedores de amuletos, todos ellos artesanos de unas supersticiones groseras, que poco a poco habían suplantado a los antiguos cultos. Llegado a Efeso en el año 52 ó 53, Pablo encuentra allí a Aquilas y Priscila, sus compañeros de Corinto, y se instala en su casa, indudablemente en los arrabales de la ciudad, entre el monte Prión y la colina Ayasoluk. El recuerdo de las dificultades creadas al apóstol por parte de los exorcistas judíos y del orfebre Demetrio están en todas las mentes, y sobre este periodo de estancia en Efeso, solo insistiremos en la gran radiación de la predicación paulista: *Todos los que habitaban el Asia, tanto judíos como gentiles, pudieron oir la palabra del Señor* (19, 10).

Buena parte de Asia Menor occidental y de una manera especial los valles del Meandro y del Hermos, se cubrieron de Iglesias, cuyo fundador, de manera directa o indirecta fue san Pablo.

Considerando terminado su ministerio, el apóstol empieza a formar proyectos para el futuro; en primer lugar un viaje a Jerusalén, que precederá a un recorrido por Macedonia y Acaya, y luego un viaje a Roma. Así pues envía a Macedonia a Timoteo y Erasmo, sus

dos ayudantes, mientras él se queda todavía por algún tiempo en Efeso, y es en este momento cuando la narración de los *Hechos* sitúa el motín de los plateros. Como consecuencia de este suceso, *Pablo habiendo hecho llamar a sus discípulos, los animó; y despidiéndose de ellos, salió para ir a Macedonia. Habiendo recorrido aquellas regiones y exhortado a los de allí con largos razonamientos, llegó a Grecia y pasó allí tres meses* (20, 1-3).

Aun cuando la narración de los *Hechos* permanece silenciosa sobre las razones que empujaron a san Pablo a efectuar este nuevo viaje a Macedonia y a Acaya, y se muestra avariciosa de detalles sobre el viaje en sí, otros pasajes de las *Epístolas* satisfarán nuestra curiosidad. Por ellos nos enteramos que el objeto principal del proyectado viaje a Jerusalén era el de llevar el producto de las colectas recogidas en las comunidades fundadas por el apóstol. Por otra parte, la primera *Epístola a los Corintios* (16, 5-8-) hace claramente alusión a una estancia del apóstol en Corinto, que no puede ser ni el prolongado ministerio de los años 50-51, ni tampoco la estancia proyectada por el apóstol de acuerdo con el pasaje de los *Hechos* que acabamos de citar: «*mas con vosotros tal vez me detendré y aun pasaré el invierno, para que vosotros preparéis mi viaje a donde tenga que ir. Pues no quiero ahora veros de paso, porque espero permanecer algún tiempo con vosotros, si el Señor lo concediere. Quedaré en Efeso hasta Pentacostés...*»

La breve visita hecha por san Pablo a los Corintios debería situarse hacia mediados o finales del año 55, y fue para el apóstol un simple viaje de ida y vuelta desde Efeso, que durante estos años cruciales fue la sede de su actividad misional.

Un pasaje de la segunda *Epístola a los Corintios* nos da detalles sobre los comienzos de su último viaje a

Macedonia. Al igual que la primera vez, san Pablo embarcó en Alejandría de Tróade, indudablemente después de haber permanecido algún tiempo en este puerto y haber predicado el Evangelio. No se nos ofrece detalle alguno sobre el itinerario seguido por el apóstol, quien a partir de su llegada a Macedonia, no hizo más que encontrar dificultades: «*de fuera luchas, de dentro miedos*» (II Cor. 7, 5). Es posible que se detuviera en Filipos, tal como hizo en ocasión del primer viaje, si consideramos que Filipos era el principal centro evangélico de Macedonia. Es evidente que a continuación el apóstol se trasladó a Corinto —lo que se desprende de la lectura de las *Epístolas* y no de los *Hechos*, que se limitan a hablar de la estancia en Grecia— donde permaneció durante tres meses, teniendo a su lado a los delegados de Macedonia y de Asia. Cuando se disponía a embarcar en dirección a Siria, probablemente en Cencreas, los judíos le prepararon una asechanza, por lo cual decidió regresar por vía terrestre, es decir por Grecia Central y Macedonia (*Hechos* 20, 3-4).

Es probable que la Iglesia de Atenas fuese de tan poca importancia que san Pablo ni siquiera pensó en visitarla, salvo que el redactor de los Hechos haya olvidado citar esta visita. No se nos facilita ningún detalle sobre el tercer viaje por Macedonia excepto que los delegados precedieron a Pablo hacia Alejandría de Tróade, mientras el apóstol y aquel de sus compañeros que al narrar los acontecimientos dirá «nosotros», celebraron la fiesta de Pascua en Filipos, y no se reunieron con los primeros hasta después de los días ácimos. Esta vez invirtieron cinco días en el viaje desde Neápolis a Alejandría de Tróade, y en esta última ciudad san Pablo se reunió con el resto de su equipo. Después de una breve permanencia entre sus fieles, que quedó señalada

por el episodio de Eutico, reemprendió su camino hacia Jerusalén, donde confiaba llegar para Pentecostés. A partir de este momento, la narración, al igual que cuando su primera misión de Macedonia, ofrece los máximos detalles, que nos permiten seguir sobre un mapa las etapas de su viaje.

Por razones que no se explican (quizás para evitar una travesía seguramente penosa), Pablo se dirigió por vía terrestre al pequeño puerto de Aso, en la costa sur de Tróade. Esta antigua ciudad, que en la época arcáica disfrutaba de un hermoso templo, había perdido su importancia comercial en beneficio de Alejandría, aun cuando su puerto servía de refugio de las naves que hacían el servicio de cabotaje a lo largo de las costas. Desde Aso, y después de evitar el golfo de Adramitio, el barco de san Pablo se dirigió hacia la gran isla de Mitilene (lám. VII b) para lo cual siguió, entre el continente y la isla, la misma derrota que en la actualidad siguen todavía los vapores de la línea regular entre Estambul y Esmirna. Desde Mitilene y en una sola etapa el barco se trasladó luego a la isla de Quío, patria de Homero. Al día siguiente, después de cruzar el camino que anteriormente había seguido el apóstol para trasladarse de Corinto a Efeso, los viajeros arribaron a Samos, frente al monte Micale, al extremo de la cadena montañosa que separa los valles del Caistro y del Meandro. Uno de los manuscritos de los *Hechos* parece indicar que en lugar de arribar a Samos, el barco de san Pablo fondeó en la costa de Anatolia cerca del cabo Trogilio: en 1923 antes de la expulsión de los griegos de Asia Menor, todavía se daba el nombre de «puerto de san Pablo» a una de las caletas de Micale. Al día siguiente, san Pablo y sus compañeros se encontraban ya ante Mileto (lám. VIII a.).

Sería curioso saber si era la primera vez que el apóstol visitaba esta tan importante ciudad, metrópoli de Jonia en épocas arcaicas, cuyo levantamiento del año 499 contra el dominio de Darío, fue la señal para una represión implacable. Al igual que para otras ciudades de Anatolia occidental, el hundimiento del imperio persa ante la acometida de Alejandro, también había sido la ocasión para un nuevo resurgimiento. Situada junto al golfo Latmico, actualmente cegado por los aluviones del Meandro, Mileto gozaba de un emplazamiento envidiable para poder dar salida a los productos del rico país que había detrás suyo. A unos veinte kilómetros más al sur, dominando el mar, el santuario oracular de Apolo Didimeo atraía una gran multitud de consultantes. En el emplazamiento del templo arcaico destruido por Darío, los Milesios habían decidido durante el tercer siglo, levantar un nuevo edificio destinado a sobrepasar en esplendor a todos los templos asiáticos, pero su construcción no había terminado todavía cuando Pablo hizo escala en Mileto.

No obstante, a pesar de las ventajas de su situación comercial y a pesar del prestigio del santuario de Didimeo, Mileto no había logrado recuperar el rango y categoría de que disfrutaba antes de la invasión persa, y como ya hemos visto era en Efeso donde se hallaba la residencia del procónsul. A pesar de que ni en las *Epístolas* ni en el *Apocalipsis* se haga referencia a una Iglesia milesia, resultaría muy raro que esta ciudad distante unas pocas leguas de Efeso no hubiese sido alcanzada por la predicación del apóstol durante su prolongada estancia en Asia. Esto nos explicaría porqué san Pablo, en lugar de proseguir inmediatamente su camino, siguiendo la idea que había adoptado desde

su salida de Alejandría de Tróade, se haya detenido algunos días en Mileto, viendo en ello una ocasión para saludar a sus amigos de Efeso. Con este motivo convocó a los Ancianos de esta Iglesia y les dirigió un discurso que equivalía a un resumen de su actividad apostólica, al mismo tiempo que un adiós a Asia.

Acompañados hasta el barco por los ancianos de Efeso, san Pablo y sus compañeros continuaron su camino. Evitando todo lo posible el golfo de Iaso, que penetra en las costas de Caria, la nave empujada por un viento favorable llega en una sola etapa a la isla de Cos, frente a la península de Halicarnaso; pero esta próspera isla —los mosaicos de sus casas particulares pueden competir con los más hermosos del oriente griego— célebre por su santuario dedicado a Asclepio, no retiene largo tiempo a los viajeros. Al día siguiente salen de nuevo en dirección sudoeste, doblan el cabo Triopión, y luego la península de Cnido, para llegar a continuación a la gran isla de Rodas, en su puerto principal frente a la costa de Anatolia. Capital decadente de una república por largo tiempo independiente, que durante la era helenística había extendido su dominio por la Caria meridional y la península licia, Rodas continuaba siendo no obstante una de las grandes ciudades comerciales del Mediterráneo oriental, y como tal seguía conservando la posición que le correspondía desde los primeros tiempos de la civilización helénica. También aquí es muy probable que la predicación cristiana hubiese hecho su aparición antes del paso del apóstol, pero los textos permanecen mudos sobre este particular. Una tradición que todavía subsiste en la actualidad, pretende por otra parte que el apóstol no desembarcó en el puerto principal, sino en la costa oriental de la isla,

unos cincuenta kilómetros más al sur, precisamente al pie del acrópolis de Lindos, donde durante siglos los peregrinos iban a adorar a Atena Lindia, y donde se muestra todavía una pequeña caleta de aguas calmas que dicen fue el puerto de san Pablo. Es evidente que no cabe establecer conclusiones a base de referencias de este tipo, ni es posible tomarse en serio el pequeño e insignificante edificio que los guías de Efeso muestran como «la prisión de san Pablo»; lo mismo ocurre con el otro puerto de san Pablo cuya existencia al pie del monte Micale, hemos señalado y también con la iglesia griega de Haghio Paulo que William Ramsay todavía vio, a fines del siglo pasado, en las montañas de Pisidia por el camino que el apóstol había seguido desde Perge a Antioquía. La persistencia de tales tradiciones no deja de ser interesante, al demostrar como también lo hacen los *Hechos* apócrifos, el lugar que la hagiografía cristiana había reservado a los viajes del gran apóstol.

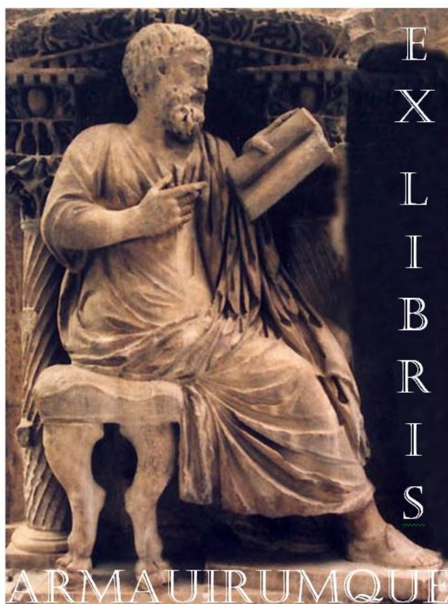
Desde Rodas el barco de san Pablo enfiló la costa de Anatolia, y fondeó en Pátara de Licia, no lejos de la desembocadura del Xantis. Esta parece ser la primera vez que el apóstol pisa tierra licia, aun cuando los habitantes de este país original y poco helenizado presentasen al igual que cualquier otro pueblo asiático, aquellos rasgos que podían atraerlo. De origen desconocido y hablando una lengua que todavía no ha podido ser descifrada, los licios han vivido durante largo tiempo al margen del mundo griego, a pesar de que Homero los cite ya entre los aliados de los troyanos. Bastante hostiles a la penetración helénica, hasta que se produjeron las conquistas de Alejandro habían conservado sus costumbres, sus cultos y sus muy curiosos monumentos funerarios. Sometidos durante los

siglos helenísticos a diversas influencias extranjeras, especialmente la de los lágidas de Alejandría y sus aliados rodios, fueron incorporados al imperio romano en el año 43 de nuestra era. Entre las antiguas ciudades licias, Pátara y Mira (de las cuales hablaremos al seguir al apóstol en su marcha hacia Occidente) disfrutaban en la época romana de un verdadero predominio.

Habiendo principiado como un simple poblado, agrupado alrededor de un oráculo de Apolo, que según palabras del historiador griego Herodoto, podía competir con los de Babilonia y Tebas de Egipto, bajo la dominación romana Pátara se había convertido en un importante puerto, y durante el segundo siglo D. C. el emperador Adriano decidió establecer allí — lo mismo que hizo en Mira — los silos de trigo destinados a alimentar sus flotas del Mediterráneo oriental. Una de las principales riquezas de Licia procedía de sus bosques, y desde hacía mucho tiempo los Egipcios y en menor escala los Sirios iban a proveerse allí de la madera para la construcción que escaseaba en su país. Esta costumbre perduró durante la edad media, cuando la flota árabe de Egipto tenía la costumbre de aprovisionarse en las costas de Licia de troncos para sus mástiles, y en la actualidad todavía es frecuente encontrar barcos egipcios en el pequeño puerto de Fethiye, la antigua Telmeso. Es muy posible que Pablo y sus compañeros aprovechasen alguna ocasión de estas para dejar el barco de cabotaje que les había transportado de Alejandría de Tróade hasta Pátara, y embarcar en algún buque fenicio con destino directo para Tiro «donde la nave tenía que descargar su cargamento» (21,3).

Después de doblar la costa occidental de Chipre y cruzar Pafos donde tiempo atrás se había embarcado para ir a Panfilia, y después de seis o siete días de na-

vegación, Pablo llegó al puerto fenicio de Tiro, donde existía una Iglesia cristiana cuya creación se remontaba a las primeras misiones. Pablo fue muy bien recibido por sus fieles, y permaneció en su compañía todo el tiempo que la tripulación invirtió en descargar el cargamento, después de lo cual continuó su viaje por mar, llegando primero a Ptolemaida y luego a Cesarea, punto de partida del camino que conducía a Jerusalén.



Capítulo V

Viaje de san Pablo prisionero

Los *Hechos* han conservado el recuerdo de un último viaje de Pablo, aquel que debía llevarle de Cesarea a Mira, a Lasea, a Malta y a Pozzuoli. La primera parte de este viaje es lo único que nos interesa. Puesto junto con otros prisioneros bajo la vigilancia de un centurión llamado Julio, Pablo fue embarcado en una nave de Adramitio que regresaba a su puerto de origen costeando, tal como aconsejaba la temporada bastante avanzada. La narración ofrece aquí igual precisión que los otros dos pasajes de los *Hechos* donde el redactor habla en primera persona del plural, y lo mismo que durante el viaje de Alejandría de Tróade a Cesarea, resulta fácil seguir sobre un mapa (fig. 7) las etapas de la travesía. Después de una escala en Sidón, el barco contorneó la costa de Siria hasta la altura de Chipre y la punta meridional de la Cilicia rocosa. Dejando a su derecha el amplio golfo de Atalia, los viajeros doblaron el cabo de las islas Celidonias y alcanzaron la costa licia en Andriaca (lám. VIII b). Se trataba del puerto de la ciudad de Mira, situada tierra adentro en la desembocadura del valle del Miro, al pie de unos acantilados completamente perforados por tumbas. Desde Andriaca se efectuaban muchas travesías y el centurión

Julio pudo encontrar un barco de Alejandría que se dirigía a Pozzuoli con un cargamento de cereales. Abandonando el barco de Adramitio embarcó a sus prisioneros en el navío egipcio. Los *Hechos* nada nos dicen de si Pablo aprovechó la ocasión que se le presentaba para divulgar la predicación cristiana en una ciudad que hasta entonces había quedado al margen de sus itinerarios. Nos inclinaríamos a exponerlo así, aun cuando en la Mira bizantina la figura de san Nicolás haya eclipsado netamente la del primer apóstol.

Mientras tanto, los días habían ido transcurriendo, y las violentas tempestades que en Licia señalan el fin de la buena temporada, aumentando el agua de los ríos y convirtiendo los terrenos bajos en pantanos, obligaban a una navegación lenta y penosa. Mientras recorría en barca las costas salvajes y tan singularmente recordadas de este admirable país ¡cuántas veces he tenido ocasión de evocar las etapas del último viaje de san Pablo!: el estrecho de Kekova, puerto cerrado de aguas inmóviles en la que se refleja el curioso dédalo de sarcófagos con ojivas puestos en el flanco de la colina, así como la rada de Antifelo que domina un teatro helenístico de líneas muy puras. Más al oeste tenemos a Pátara, con sus ruinas grandiosas recubiertas por la arena, la desembocadura del Xantis, y en segunda línea, más a lo lejos tierra adentro, las dos acrópolis de la vieja metrópoli lícea. Y finalmente los Siete Cabos, con sus terribles acantilados, penetrando luego en el profundo golfo de Telmeso, cuyas aguas calmas y tan transparentes brindaban al viajero un reposo benefactor.

Después de varios días de navegación, el barco alejandrino, deslizándose entre Rodas y la costa de Caria llegó a la altura de Cnido. Parece ser que el capitán

del navío tenía deseos de entrar en este puerto, pero una tempestad del noroeste lo empujó lejos de la costa. Pronto avistaron el cabo Salmone, promontorio en la extremidad oriental de Creta, y para quedar al abrigo de los vientos del Egeo, el buque costeó la parte meridional de la isla hasta llegar a «puertos Hermosos», junto a Lasea. San Pablo era del parecer de no prolongar más el viaje, pero el capitán prefería invernar más al oeste, en el puerto de Fenix, que tenía mejor fama, pero ya sabemos que no pudo realizar sus deseos y que el barco que conducía al apóstol solo pudo llegar hasta Malta, después de haber sufrido una tempestad espantosa.

San Pablo y sus compañeros permanecieron tres meses en Malta, y esperaron hasta el mes de febrero del año siguiente para reemprender el camino. Embarcados en un navío alejandrino, llegaron primero a Siracusa, luego a Reggio de Calabria y finalmente a Pozzuoli, al oeste de Nápoles. El resto del viaje se hizo por tierra. Habiéndose extendido por Roma el rumor de la próxima llegada del apóstol, algunos fieles salieron a su encuentro hasta el Foro Apio y Tres Tabernas. Hacia mediados de febrero del año 60, san Pablo prisionero hacía su entrada en Roma.

* * *

La última etapa del viaje, y la estancia de Pablo en la capital del Imperio se apartan de los límites que nos hemos fijado. Además los informes se hacen más y más vagos, y todo lo que haya podido escribirse sobre las misiones de san Pablo en el Occidente romano, parece tener su origen en el terreno de las hipótesis. No

LÁM. VII. *a)* Efeso. Iglesia del concilio. *Pág. 53*

b) Mitilene. *Pág. 56*

LÁM. VIII. *a)* Agora de Mileto, inundada por las aguas del Meandro. *Pág. 56*

b) Andríaco-Mira. *Pág. 62*

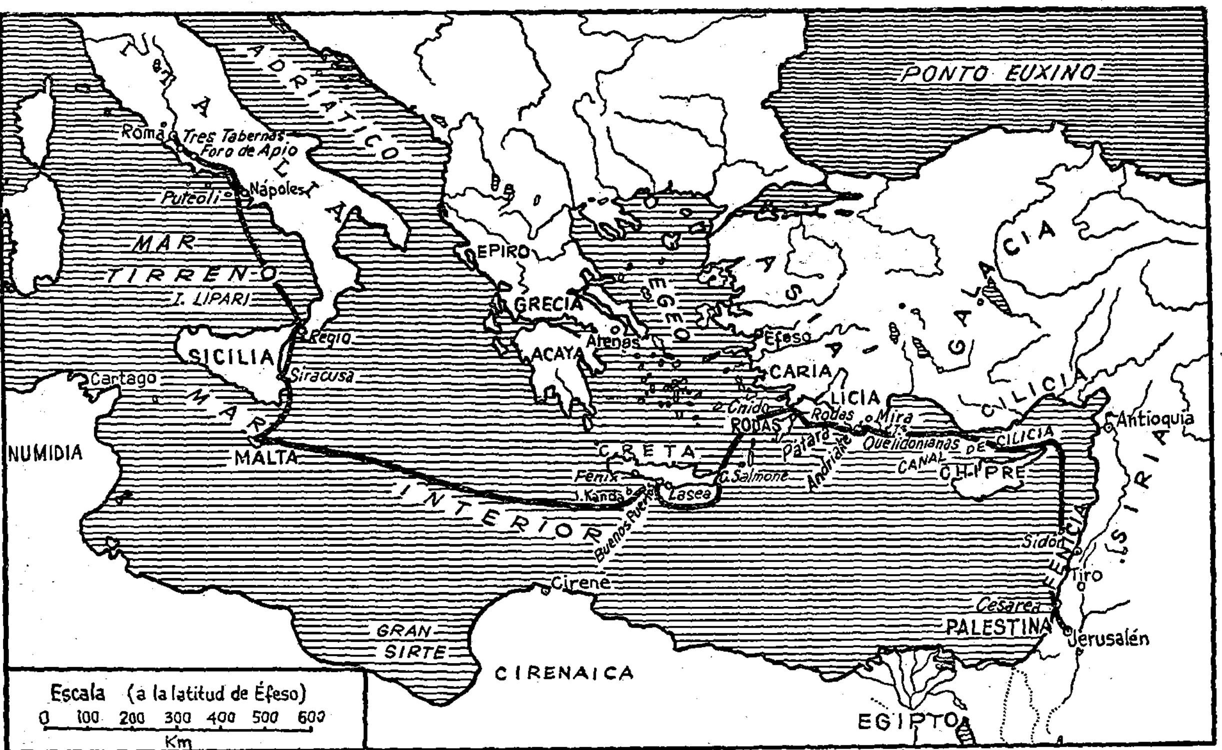


Fig. 7 Mapa del viaje de san Pablo prisionero.

obstante al punto a que hemos llegado no deja de ofrecer el mayor interés contemplar la obra realizada a partir del momento en que Pablo y Bernabé se embarcaban en Seleucia en dirección a Chipre y a Panfilia. Gracias a la labor perseverante del apóstol, una mitad de Asia Menor recibió la semilla cristiana. Macedonia e incluso la vieja Grecia fueron también tocadas. La predicación apostólica había alcanzado a un auditorio tan dispar como eran los montañeses de Licaonia y de Frigia, los burgueses de Filipos, los judíos de Berea y los traficantes de Corinto o de Efeso. Si el último viaje es el que corresponde a un cautivo, cuya extraordinaria irradiación es más que suficiente para ganar nuevos discípulos, las tres primeras misiones representan la actuación de un hombre continuamente perseguido, pero libre. El contraste entre las dos etapas de esta carrera misional es emocionante, y no lo es menos el relato a menudo detallado del período griego, y el silencio que de pronto se extiende sobre el período romano. Aún cuando deba observarse la mayor prudencia en lo que se refiere a los años romanos del apóstol, los viajes de san Pablo en el Oriente griego forzosamente deberán retener la atención de cualquiera que desee evocar los progresos verdaderamente maravillosos del cristianismo en los primeros tiempos.

Cronología de las misiones de san Pablo

Comienzo del *primer viaje misional,* primavera 44.
Misión de Panfilia, Pisidia y Licaonia, 44-47(?).
Estancia en Antioquía, 47 (?)-49.

Comienzo del *segundo viaje misional,* primavera 49.
Misión en Macedonia, invierno 49-50.
Misión en Corinto, primavera 50 y otoño 51.
Regreso a Jerusalén, otoño 51.

Comienzo de la *tercera misión* primavera 52.
Estancia en Galacia y en Frigia, 52-53.
Misión en Efeso, primavera 53 - primavera 56.
Viaje a Macedonia, verano-otoño 56.
Nueva estancia en Corinto, invierno 56-57.
Viaje desde Corinto a Jerusalén, por Macedonia y Alejandría de Tróade, primavera 57.
Llegada a Jerusalén, Pentecostés 57.

Salida de san Pablo prisionero en dirección a Roma, septiembre 59.
Invernada en Malta, invierno 59-60.
Llegada a Roma, febrero 60.

Bibliografía sumaria

La bibliografía de los itinerarios paulinos es muy numerosa, y por lo tanto nos limitaremos a citar aquellos trabajos básicos más fácilmente accesibles

Sobre el tema de la predicación paulina:

LIETZMANN (H.), *Historire de l'Eglise ancienne* (traducido del alemán), T. I., *Les commencements.* París, Payot, 1936.

FESTUGUIÈRE (A. J.), *Le monde greco-romain au temps de Notre Seigneur,* T. I., *Le cadre temporel* (en colaboración con P. FABRE). T, II, *Le milieu spirituel.* París. 1935.

MAGIE (D.), *The Roman Rule in Asia Minor.* Princeton, 1950

Sobre las misiones de san Pablo en general:

RENAN (E.), *Saint Paul* (tomo II de la *Histoire des origines du christianisme*).

RAMSAY (W. M.), *St. Paul the traveller and the Roman Citizen.* Londres 1895.

— *The cities of St. Paul, their influence on his life and thought* Londres, 1907.

GOGUEL (M.), *Essai sur la chronologie paulinienne. Revue de l'histoire des religions,* 65, 1912, pág. 285 y sigs.

BÉRARD (J.), *Recherches sur les itinéraires de saint Paul en Asie Mineure. Revue archéologique,* 1935, I, pág. 57 y sigs.

Sobre el texto de los Hechos:

LOISY (A.), *Les actes des Apôtres.* París, 20 (crítica racionalista).

GOGUEL (M.), *Introduction au Nouveau Testament.* T. III, *Le livre des Actes.* París, 1922 (crítica protestante).

JACQUIER, *Les Actes des Apôtres.* París, 1926 (crítica católica).

Estudios especiales:

Sobre Panfilia y Pisidia:

LANCKORONSKI (Ch. *Les villes de la Pamphylie et de la Piside.* Dos vols. (traducción francesa). París 1890 y 1893.

Sobre Licaonia:

RAMSAY (W. M.), *Pauline and other Studies.* Capítulo XI, *St. Paul's road from Cilicia to Iconium,* Londres, 1908.

Sobre los cultos paganos de Frigia:

CUMONT (F.), *Les religions orientales dans le paganisme romain,* 4ª edición, pág. 43 y sigs. París 1929.

Sobre el paso de Pablo por Filipos:

LEMERLE (P.), *Philippes et la Macédoine orientale à l'époque chrétienne et byzantine,* pág. 7. París 1945.

Sobre la estancia de Pablo en Atenas:

GRAINDOR (P.), *Athènes de Tibère à Trajan.* pág. 116 y sigs. El Cairo, 1931.

FESTUGUIÈRE (A. J.), *Vie intellectuelle,* 34, 1935, págs. 359 y sigs.

Sobre la predicación de Pablo en Corinto:

BABUT (E. Ch.), *Le proconsul Gallion et saint Paul. Revue d'histoire et de littérature religieuses,* 1911, págs, 139-142.

GOGUEL (M.), *Revue de l'histoire des religions,* 65, 1912, página 313 y sigs.

LEMERLE (P.), *Philippes,* pág. 42.

FESTUGIÈRE, (A. J.). *Vie intellectuele,* 34, 1935, pág. 358 y sigs.

Broneer (O.), *Corinth, center of St. Paul's Missionary Work in Greece.*
The Biblical Archaeologist, diciembre 1951.

Sobre la estancia de Pablo en Efeso:

DUNCAN (G. S.), *St. Paul's Ephesian Ministry,* Londres 1929.

KEIL (J.), *Führer durch Ephesos* (3ª edición), Viena, 1955.

Sobre las navegaciones de Pablo:

DE SAINT-DENIS (E.), *La vitesse des navires anciens. Revue archéologique,* 1941, II, pág. 121 y sigs.

El mejor mapa de los viajes de san Pablo continúa siendo el que levantó *H. Kiepert* en 1868, para el *Saint Paul* de Renan.

Indice de ilustraciones

A. Láminas

En la cubierta: Templo arcáico de Corinto.

B. Dibujos

Nuestro agradecimiento a:

M. P. Amandry por la fotografía de la lámina II b.
M. J. Lassus por la fotografía de la lámina II a.
M. R. Matton por la fotografía de la cubierta y las de las láminas IV b, V y VII b.

Las demás fotos (excepto la de la lámina I) han sido tomadas por el propio autor.

Indice de materias